Año II ¡Proletarios de todos los países, unios! Núm. 18

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España
(Sección Española de la Oposición Comunista Internacional)

NOVIEMBRE 1932

SUMARIO

Págs.

EDITORIALES: De mes a mes, por la *Redacción*..... 1

Ante las elecciones catalanas, por *Comunismo*..... 8

¡Quince años!, por *L. Trotsky*..... 9

Una maniobra contra el camarada Trotsky. 10

El pleno del C. E. de la I. C. del pasado mes de septiembre, por *L. Trotsky*..... 11

El plan quinquenal y la colectivización de la agricultura, por *Andrés Nin*..... 13

La bancarrota de una política, por *L. Fersen*. 22

Cartas de la Unión Soviética..... 30

La crisis del Partido Comunista..... 36

El Congreso del Partido Socialista..... 45

Número suelto: 75 céntimos

Toda la correspondencia al Apartado 918-Madrid

COMUNISMO

Organo teórico mensual de la Izquierda Comunista de España

La correspondencia al Apartado 918 - MADRID

Precios de suscripción:

España, Portugal y América.. Un año: 8 ptas. Seis meses: 4 ptas.

Demás países..... Un año: 12 ptas. Seis meses: 6 ptas.

Los giros al administrador, F. García Lavid Cabeza, 30. MADRID

Servicio de librería

Repetidas veces nos hemos dirigido a nuestros camaradas y lectores rogándoles que todos los pedidos de libros los hagan por mediación de nuestro servicio de librería. Encontrarán con ello una rebaja, puesto que no tenemos por costumbre cobrar el importe del reembolso, como hacen todos los libreros y editores, y contribuirán al sostenimiento de nuestra Revista con el beneficio que deja la venta de librería. Esta es una fuente de ingresos que nos ayuda económicamente a sufragar las atenciones de nuestra Prensa y propaganda.

Desgraciadamente, nuestro ruego sólo ha sido atendido por un reducido número de camaradas. Hay muchos camaradas que por abulia prefieren adquirir las obras de que tienen necesidad en cualquier librería de su localidad. Nos dirigimos a ellos nuevamente para que, atendiendo nuestro ruego, no adquieran más libros que aquellos que le sirva nuestro servicio de librería. Pero no deben limitarse a esto; deben aconsejar a sus amigos y conocidos que adquieran las obras en nuestro servicio de librería. Pueden tener la absoluta seguridad de que serán mejor servidos y más rápidamente que por cualquier librería burguesa. Aquel camarada que una vez se ha dirigido a nosotros haciéndonos un pedido de libros, se ha convertido en un cliente permanente.

Igualmente, cuando se trate de adquirir libros para cualquier biblioteca obrera, deben hacer que se nos pidan a nosotros las obras. Cuando el pedido sea de alguna consideración hacemos descuentos especiales. También nos encargamos de hacer presupuestos y de formular listas de obras de carácter social.

Toda la correspondencia debe dirigirse a: F. García, Apartado 918, Madrid. Y los giros a: F. García, Cabeza, 30, Madrid.

(3)

EDITORIALES

DE MES A MES

Se cumple este mes el XV aniversario de la Revolución de Octubre, fecha que ha de considerar el proletariado como la más grande de su historia. En los anales del movimiento obrero no hay, por más que se busque, nada comparable en grandeza y trascendencia a la Revolución rusa. Hace ahora quince años que el proletariado ruso (el proletariado de uno de los países más atrasados de Europa) se levantó contra sus explotadores y, a pesar de verse encerrado por el capitalismo, supo defenderse y mantener su poder. La Revolución proletaria pasó del terreno de los ensueños y de las vagas aspiraciones a convertirse en una realidad tangible. La Revolución, defendida con penalidades sin cuento, por ser la primera, llevará en sí todos los defectos debidos a la inexperiencia del proletariado, pero también es el ejemplo innegable de que el proletariado es la única fuerza capaz, aun actuando en las peores condiciones, de abrir paso a una nueva sociedad. La Revolución rusa de Octubre es una formidable brecha abierta en el baluarte del sistema capitalista, del sistema criminal y caduco, puesto por la primera Revolución proletaria al borde del abismo. En el XV aniversario de la gloriosa Revolución de Octubre todo el proletariado mundial debe volverse hacia ella con la alta moral de los vencedores.

* * *

El golpe que recibió la burguesía con la Revolución rusa es tal, que aunque intente, naturalmente, defenderse por todos los medios, de hecho se sabe vencida. No ha escatimado la burguesía los recursos para combatir al proletariado ruso, que, después de luchar en la guerra imperialista, hubo de hacer frente a la guerra civil, apoyada por los Estados imperialistas de Occidente. A pesar del bloqueo militar y económico, el proletariado supo resistir, y la burguesía hubo de retirarse soñando con tiempos mejores que le permitieran reanudar la ofensiva, pero sin estar tampoco muy

segura de si esos tiempos llegarían. Por multitud de razones—por el interés que tiene el territorio ruso para el capitalismo, por privar la conciencia proletaria de ese rayo de luz que fué la Revolución rusa—, si el capitalismo encontrase por un momento el movimiento obrero internacional quebrantado, volvería de nuevo sus armas hacia la U. R. S. S. La Revolución de Octubre y el movimiento obrero mundial forman tan una sola pieza que el golpe que se reciba en cualquiera de los polos habrá de repercutir en el otro. La Revolución rusa sería débil frente a los poderosos Estados capitalistas que cubren el mapa mundial si no contase con el apoyo decidido de la clase obrera de todos los países; por otra parte, la caída en este momento de la Revolución rusa haría perder al proletariado la confianza en sí mismo, en su capacidad para organizar una sociedad nueva, y retrasaría para una porción de años la revolución social.

* * *

El viaje de Herriot a España ha despertado la justificadísima sospecha de que venía destinado a amarrar cabos francoespañoles en caso de guerra. La extensión—nacional e internacional—de la alarma contrasta notablemente con la débil argumentación del Gobierno al intentar disiparlas. El Sr. Azaña no ha dicho nada, aunque estaba especialmente obligado a ello; el Sr. Besteiro, en un momento de cursilería poética, declaró que se trataba de un viaje «romántico», cosa que, por muy romántico que se sea, nadie podrá creer; el Sr. Prieto, como argumento de más peso, dijo que la U. G. T. cuenta actualmente con cerca de un millón de hombres y que constituye por sí sola una especie de «Ejército de la paz». El resto de las declaraciones oficiales son todas así, por este estilo. Debiera bastar la debilidad de la disculpa para que esté perfectamente justificada una seria alarma. Pero hay más. Las declaraciones bélicas del Sr. Azaña son ya cosa proverbial. No hay visita a cuartel, medalla que imponga u otra ocasión que se le presente sin que el Sr. Azaña, al discursear, deje de aludir a posibles intervenciones bélicas. Todo esto, dicho por el jefe del Gobierno, tiene que tener algún sentido. Porque de no tenerlo habría que suponer que el mismo Gobierno se dedica a hacer una campaña alarmista. Los gobernantes discursean sobre nuestra «intervención en los destinos del mundo», los presupuestos de guerra aumentan de una manera fabulosa, los gobernantes de los países más directamente interesados en la preparación de la guerra visitan el país con especial cariño. Como garantías de paz no tenemos más que la presencia de los socialistas y un artículo de la Constitución que rechaza la guerra. De lo que son los socialistas como garantía de la paz diremos ahora unas palabras. En cuanto al artículo de la Constitución, ya sabemos que, si es necesario, se le aplica la ley de Defensa de la República.

* * *

Ha sido preciso que en el Gobierno hubiera tres ministros socialistas para que la burguesía española se decidiera a aumentar sus presupuestos de guerra y a llevar a cabo preparativos de índole militarista. Francamente, el presidente del Consejo de Ministros viene abordando desde hace meses el problema de la llamada «defensa nacional», bajo cuya etiqueta se ocultan siempre los planes militaristas de la burguesía. En su discurso de La Coruña, el Sr. Azaña manifestó abiertamente que «España tenía que intervenir en el mundo», con lo cual daba a entender que se imponían los preparativos de índole militar. Es evidente que toda guerra que desencadene la burguesía de cualquier país en la etapa histórica actual tiene que ir directamente dirigida contra la Unión Soviética. Sancionando esta política, los socialistas se hacen conscientemente cómplices de los preparativos contra el primer Estado obrero del mundo. Se ha visto de qué manera formalista han planteado los socialistas este problema en su Congreso. No son declaraciones verbales de carácter pacifista lo que se precisan. El socialismo renuncia incluso a una de sus reivindicaciones del programa mínimo del partido, o sea a la supresión de los créditos militares. Los ministros socialistas han de encontrarse muy en breve ante una nueva prueba que demostrará su traición a los ideales de la clase trabajadora. Ha comenzado a discutir el Parlamento los presupuestos ministeriales. Uno de los que se han de discutir, evidentemente, es el de Guerra, que irá aumentando en la proporción necesaria para que puedan llevarse a cabo los proyectos militaristas del señor Azaña. No hay que ser profetas para prever que los ministros socialistas encontrarán *argumentos* para justificar la votación de los créditos, aunque luego se vean obligados a encargar de la defensa de su posición en las columnas de la Prensa burguesa a Indalecio Prieto. Pero sobre la realidad de los hechos la clase trabajadora, que todavía, desgraciadamente, sigue a los socialistas, podrá ver a éstos convertidos en todas las ocasiones en los más decididos defensores de la burguesía.

* * *

Los sucesos ocurridos recientemente en Sabadell entre obreros pertenecientes a los Sindicatos expulsados de la C. N. T. y militantes de la F. A. I., como igualmente otros hechos sucedidos en Sevilla entre trabajadores anarcosindicalistas y comunistas, son

síntomas verdaderamente graves del sectarismo en el movimiento obrero. Hechos semejantes sólo pueden impedirse de una manera eficaz si, ante todo, se hace prevalecer entre los trabajadores su sentimiento de explotados. El parcelamiento sindical y el sectarismo son los motivos de estas luchas sangrientas. Sería pueril e insensato creer que las discrepancias ideológicas pueden desaparecer, sólo con buena voluntad, del movimiento obrero. En el pasado, es decir, a últimos del pasado siglo y comienzos de éste, existieron también hondas discrepancias en el movimiento obrero y diversas tendencias se disputaban su hegemonía. Pero la ferocidad que actualmente revisten algunas disputas entre las tendencias obreras eran desconocidas de los antiguos militantes. Es suicida y criminal fomentar semejante estado de cosas. Es completamente posible la convivencia de todas las tendencias obreras en el seno de las organizaciones sindicales. La calidad de explotados y la defensa de los intereses de clase que tienen por misión los Sindicatos es suficiente para que los trabajadores, en sus organismos, establezcan un régimen de armonía y solidaridad. En el momento actual todo el esfuerzo de los trabajadores conscientes debe consistir principalmente en la lucha por el restablecimiento de la cordialidad sindical y de la unidad del movimiento. El espectáculo ofrecido en los últimos tiempos es verdaderamente lamentable.

* * *

El Congreso de la Unión General de Trabajadores ha servido para demostrar cómo los dirigentes de dicha organización hacen de ella no sólo un organismo de colaboración de clases, sino incluso un instrumento del Estado burgués. Las discrepancias surgidas no han sido en torno a los problemas tangentes clasistas. Sobre todas las cuestiones fundamentales, el acuerdo ha sido completo y ni siquiera se han dibujado divergencias profundas. Las diferencias se han manifestado meramente al designarse la nueva Comisión Ejecutiva, lo que demuestra que siendo perfectamente absoluto el acuerdo en las cuestiones políticas, la separación se ha establecido meramente sobre discrepancias internas acerca de las formas de actuación. Ninguna diferencia, ni siquiera en el lenguaje externo, existe entre Largo Caballero y Besteiro. Pero lo verdaderamente lamentable es que en el Congreso, que ofrecía tan amplio campo para esta actuación, no se haya manifestado de una forma coherente y consecuente la actividad de la Oposición Comunista. En estos casos concretos, de tanta importancia para influenciar el movimiento obrero de carácter reformista, es cuando se destacan en toda su realidad los errores sufridos por el partido. Si en lugar de haber dado lugar con las Conferencias de *unidad* a la separación de bastantes Sindicatos ugetistas se hubiera

organizado un movimiento minoritario en el seno de la central, el Congreso se habría convertido en una excelente tribuna de propaganda del comunismo y de condenación de las traiciones de los socialistas.

* * *

Nunca en la historia de la C. N. T. se ha registrado una crisis tan lamentable y aleccionadora como la que ahora padece. Ha habido en esta organización crisis terribles, con las consiguientes luchas intestinas, pero se diferenciaba de ésta en que la C. N. T. sucumbía a causa de la represión. La crisis de ahora es completamente distinta: la C. N. T. se destroza en medio de la impotencia del anarquismo, que se desespera y bracea con ademanes de náufrago. Después de haber tenido el pasado año una fuerza enorme, de tener sobre sí toda la responsabilidad del curso que siguieran los acontecimientos revolucionarios, la C. N. T., bajo la sabia dirección de los anarquistas, no ha hecho nada. Pocos casos habrá como éste de inútil derroche de energía obrera. El proletariado—que no es incansable—, harto de luchas estériles, ha perdido la confianza en la organización y retrocede. Las dos sectas confederales (la F. A. I. y el grupo de los «treinta») completan el destrozo buscando al culpable. Actualmente están expulsados en Cataluña de la C. N. T. las Federaciones locales de Manresa, Sabadell, Lérida, Gerona y Tarragona. De los términos en que se lleva la lucha entre la F. A. I. y los «treinta» dará idea el que en Sabadell van tres muertos por atentados de un bando a otro. Las exclusiones en masa es el método que ha encontrado la F. A. I. para librar la organización de las influencias nocivas a los santos ideales ácratas.

* * *

La situación de la C. N. T., aunque haya una crisis general, no es la misma en el resto de España que en Cataluña. Aquí adquiere la lucha particular encono. Nosotros creemos, a pesar de reconocer que es la más grave por que ha atravesado, que la Confederación Nacional del Trabajo no sucumbe en esta crisis y se levantará de nuevo. El movimiento sindical sigue, por ahora, dividido entre la C. N. T. y la U. G. T., y el proletariado oscila entre estas dos grandes centrales, sin que consigan pasar de simples islotes los núcleos creados por quienes aspiran a tener un territorio sindical de la propiedad exclusiva. Pero aunque los intentos divisionistas del Bloque Obrero y Campesino y del Partido Comunista no hayan tenido mucho éxito, hay que reconocer que son un nuevo factor que interviene en la descomposición de la

C. N. T. La crisis actual tiene causas más profundas que ninguna (la impotencia del anarquismo, que se reveló en forma demasiado clara con el cambio de régimen), y para mantener la unidad de la organización hay hoy más obstáculos que nunca. Se impone una reacción enérgica del proletariado, atacando el mal en su raíz: hay que acabar con el monopolio anarquista (la broma del anarquismo le está costando demasiado cara al proletariado español) y convertir la C. N. T. en una gran central revolucionaria, con plena libertad de tendencias en su interior.

* * *

Nuevas elecciones en Alemania y, como estaba previsto, un importantísimo aumento en ellas del número de sufragios del Partido Comunista. La marcha descendente del Partido, que iba a un ritmo catastrófico, se detuvo en las elecciones presidenciales del pasado abril. Después de la traición de Hindenburg, haciendo que desalojasen el Poder los partidos que lo habían votado, se inició un cambio de rumbo en las masas obreras, que empezaron a caminar hacia el Partido Comunista en busca de soluciones revolucionarias al pleito planteado. Cada una de las elecciones siguientes no hicieron más que señalar el éxito creciente del Partido. Situación inmejorable para corregir los errores pasados y recuperar el terreno perdido. Porque debemos ponernos de acuerdo sobre lo que estos éxitos significan sin exagerar su importancia, ni tampoco disminuirla. El Partido Comunista gana votos; pero, con toda la clase obrera y todos los partidos democráticos, pierde posiciones. Electoralmente, los partidos democráticos y el comunista han salido victoriosos aún cuando más arrollador el avance fascista. Pero la política del país se ha desplazado cada vez en sentido más reaccionario. Ahora se ha iniciado un retroceso de los fascistas. Debemos preguntar, sin embargo, ¿en beneficio de quién? La clase obrera y los partidos siguen respecto a la reacción en la misma situación que estaban. Es decir, que la reacción tiene el poder en la mano, y en cuanto la clase obrera no se dedique a asustarla más que con votos, no la hará retroceder.

* * *

Es evidente que un triunfo electoral (y en la situación actual de Alemania esto es más cierto que nunca) sólo sirve para hacer un cálculo de la fuerza de que se dispone y emprender acciones de más envergadura; de por sí no significa nada. El Gobierno de von Papen no podía ignorar que las nuevas elecciones no iban a cambiar fundamentalmente su situación respecto a los partidos políticos adversarios, que son todos menos el partido nacionalista

de Hugenberg. Este partido, único apoyo de von Papen, había obtenido en las elecciones anteriores poco más de dos millones de votos; en estas de ahora ha crecido hasta cerca de tres millones. Von Papen, al convocar nuevas elecciones, no podía suponer que de ellas saliese parlamentariamente consolidado su Gobierno. Porque en tan poco tiempo no era posible obtener una base electoral. Pues bien; si von Papen no ignoraba cuál sería poco más o menos el resultado de las elecciones, si estaba seguro de que le sería adverso, ello quiere decir lo que ya sabíamos: que le importan muy poco las elecciones y el Parlamento. La situación de von Papen es, de todos modos, débil. Sólo se apoya en la división que existe entre sus adversarios: los partidos democráticos son de una impotencia ridícula, los fascistas tienen miedo a dar el paso decisivo, la fuerza más potente, el proletariado, está criminalmente dividido y desorientado.

* * *

Firmemente ligada al proletariado, la Revolución rusa ya ha demostrado con las armas en la mano que es invencible. La Revolución rusa sólo puede ser vencida por descomposición interior. Relajando los lazos que la unen al proletariado mundial y desligándose del proletariado de su propio país para apoyarse en un aparato burocrático privilegiado, la Revolución rusa se debilita. Como en el curso de su evolución la U. R. S. S. se ha ido desplazando en este sentido—la burocracia ha ganado posiciones en perjuicio del proletariado—, los verdaderos defensores del comunismo y de la U. R. S. S. han de luchar tenazmente contra estas deformaciones por el retorno del Estado proletario a sus justos cauces de clase. La vuelta a la política que dió a luz la revolución, la política gracias a la cual no ha sido posible vencer, debe convertirse ahora en la reivindicación fundamental. El hecho de que multitud de revolucionarios, probados en el más duro fuego, estén hoy alejados de las organizaciones oficiales del comunismo y tratados peor que los enemigos de clase, bastará para dar idea de las deformaciones que ha sufrido la Revolución de Octubre. Hay que luchar contra ellas y exigir el retorno a la I. C. de los oposicionistas excluídos y deportados. No deja de ser un baldón para la Revolución de Octubre o, mejor dicho, para sus falsos representantes oficiales, para los filisteos, el que se celebre un XV aniversario estando en la deportación el que fué, sin duda, después de Lenin, el principal artesano de aquella victoria, y millares de revolucionarios más. A esos compañeros los saludamos en esta fecha con más calor que nunca, porque son testimonio vivo de que es invencible la revolución proletaria.

ANTE LAS ELECCIONES CATALANAS

Cuando sale esta Revista están a punto de celebrarse las elecciones al primer Parlamento catalán. Lo fraccionado del mapa electoral permite asegurar que no habrá en estas elecciones triunfos aplastantes de nadie. La «Esquerra», el grupo gobernante, cuya victoria deslumbraba hace año y medio, está hoy seriamente quebrantada. Su decadencia le permite levantar cabeza a los partidos reaccionarios y también a los grupos más o menos revolucionarios que se alzan contra la política temblorosa de Maciá. Antes de pasar a otra cosa, como comunistas hemos de decir unas palabras sobre la lección que representa la política catalana desde la proclamación de la República. Fué en Cataluña donde se registró el triunfo más completo de la más pura política pequeñoburguesa. Las masas reaccionarias huían espantadas y avergonzadas ante la «venerable figura del Sr. Maciá»; las masas obrera y pequeñoburguesa aplaudían a aquel hombre que iba a traer la felicidad a este mundo sin necesidad de violentarse con nadie. Ha pasado un año y medio y difícilmente se podrá ver espectáculo más lamentable. Catalanista intransigente el Sr. Maciá y la mayor parte de los suyos, no han sido capaces de mantener el primer derecho de un pueblo que quiere reivindicarse: el derecho a disponer de sí mismo con entera libertad.

En las elecciones catalanas saldrá, desde luego, triunfante la «Esquerra». Pero su triunfo, posiblemente, no tendrá nada de apoteósico. El factor decisivo en el triunfo de Maciá cuando la República ha sido la C. N. T. Hoy la C. N. T. combate encarnizadamente a su viejo ídolo. Los anarquistas están llevando en este momento una violenta campaña antielectoral, llegando hasta grabar en las monedas de diez céntimos la consigna de: «¡Obreros, no votéis!» Esta campaña favorece a los partidos reaccionarios, pues sólo resta votos a los partidos radicales de izquierda y a los comunistas. La C. N. T., dirigida por los anarquistas, va con el viento y viene con la marea. En el advenimiento de la República se suicidó revolucionariamente, entregándose en manos de la pequeña burguesía. Esto, dice ahora la F. A. I., ha sido culpa de unos cuantos «políticos emboscados» que había en la C. N. T. Pero ahora, para emanciparse del error, se lleva una campaña antielectoral que sólo repercute en beneficio de la reacción. La solución para el proletariado no es abstenerse de la política, sino hacer una política de clase. Como fuerzas comunistas se presentan por Cataluña el Bloque Obrero y Campesino y el Partido Comunista, que carece casi en absoluto de influencia. Es de hacer notar la demagogia infame a que llega el B. O. C. en su frenesí electoral. Las consignas más desatinadas, como, por ejemplo, una «Generalidad Roja» (¿Roja de qué? ¡Como no sea de vergüenza...!), figuran en su programa electoral. La proposición de una candidatura comunista única, que hizo nuestra organización al B. O. C. y al Partido Comunista, ha sido rechazada por ambos. Los comunistas de izquierda darán su voto al Partido, del cual somos fracción y de quien nos separa menor distancia que del B. O. C., cada día más alejado del terreno comunista.

COMUNISMO.

¡QUINCE AÑOS!

La Revolución de Octubre ha cumplido su décimoquinto aniversario. Esta simple cifra muestra al mundo entero la fuerza gigantesca existente en el Estado proletario. Nadie, ni siquiera el más optimista de nosotros, pudo prever tan gran vitalidad; lo que no tiene nada de sorprendente, puesto que el optimismo sobre una previsión de este género le hubiera hecho sentirse pesimista con respecto a la revolución internacional.

Los jefes y las masas no podían ver en el levantamiento de Octubre más que la primera etapa de la revolución mundial. El pensamiento de una edificación independiente del socialismo en una Rusia aislada no fué ni defendido, ni mantenido, ni formulado firmemente por nadie en el año 1917. En los años sucesivos, la edificación económica fué concebida por todo el Partido, sin excepción, como la infraestructura de una base material bajo la dictadura del proletariado, como la salvaguardia de la unión económica (smytschka) entre la ciudad y el campo, finalmente, como la creación de puntos de apoyo para la futura sociedad socialista, que no podrá edificarse más que sobre una base internacional.

Los caminos de la revolución mundial han resultado enormemente sinuosos y mucho más largos de lo que confiábamos y esperábamos hace quince años. A las dificultades exteriores, en las cuales el papel histórico del reformismo se manifestó como la más importante, se unieron, en el interior, ante todo, la política falsa de fondo y fatal en sus consecuencias de los epígonos del bolchevismo. La burocracia del primer Estado obrero hace todo lo preciso—de una manera inconsciente, lo que no atenúa en nada el hecho—para impedir el nacimiento de un segundo Estado obrero. Es necesario desatar o romper los nudos burocráticos para buscar una salida a la revolución.

Si las etapas del desenvolvimiento han sobrepasado los cuadros de las perspectivas bosquejadas por nosotros, por lo menos, hemos apreciado exactamente las fuerzas y las leyes motrices fundamentales. Esto se aplica por completo al problema del desenvolvimiento económico de la Unión Soviética. No se pueden encerrar las fuerzas productivas modernas en los marcos nacionales por resoluciones y exorcismos, sean de la clase que sean. La autarquía es el ideal de Hitler, pero no el de Marx y Lenin. Socialismo y aislamiento nacional se excluyen mutuamente. Hoy, como hace quince años, el programa de una sociedad socialista en un solo país es utópico y reaccionario.

Los éxitos económicos de la Unión Soviética son muy grandes.

Pero, precisamente, al cumplirse el décimoquinto aniversario, las contradicciones y las dificultades han adquirido una gravedad inquietante. Retrasos, rupturas, desproporciones, testimonian, en primer lugar, una falsa dirección. Pero no es esto todo. Nos recuerdan que la edificación de una sociedad armoniosa sólo es posible mediante una experiencia ininterrumpida en el curso de varias décadas, y solamente sobre la base internacionalista. Los obstáculos de orden técnico e intelectual, la ruptura entre la ciudad y el campo, las dificultades de la exportación y de la importación, todo demuestra que Octubre exige su continuación internacional. El internacionalismo no es una convención de ritual, sino una cuestión de vida o muerte.

No faltarán los discursos y los artículos entusiastas, la mayoría de ellos lanzados por los que fueron en Octubre los adversarios más intransigentes de la insurrección proletaria. Nosotros, los bolcheviques leninistas, seremos calificados de «contrarrevolucionarios» por esos señores. No es la primera vez que la historia se permite bromas de este género, y nosotros no nos ofendemos, porque sabemos que, aunque guiada por la confusión y lentamente, lleva a cabo su trabajo siempre.

Y nosotros también realizamos el nuestro.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 13 de octubre de 1932.

Una maniobra contra el camarada Trotsky

Hace tres semanas, el semanario *Estampa*, órgano del conocido hombre de negocios del Estado Sr. Montiel, publicó un sedicente artículo del camarada Trotsky que, según comunicaba, le había facilitado la editorial Dédalo, de una obra que en breve piensa publicar dicha editorial, titulada *Vida de Lenin*, por Trotsky. Como reclamo de dicho artículo redactó *Estampa* unos titulares canallescos, ofensivos para la memoria de Lenin y para la honestidad revolucionaria de nuestro camarada Trotsky.

No es necesario advertir que tanto el artículo como el libro son una indigna mixtificación, en la cual ni una sola línea ha sido escrita por nuestro camarada. Como la sociedad capitalista no ofrece otra arma de defensa contra semejantes canalladas que la acción de los Tribunales, de acuerdo con Trotsky hemos decidido plantear una querella contra el semanario *Estampa* y contra la editorial Dédalo, si es que esta última llega a publicar el volumen. Aguardamos sólo los poderes legales de Trotsky para que nuestro abogado entre en funciones.

El pleno del C. E. de la I. C. del pasado mes de septiembre

(NOTAS RAPIDAS)

1. El informe sobre la estrategia revolucionaria fué leído por Kuusinen. El papel que desempeñó éste en la revolución finlandesa de 1918 explica el que se le haya designado especialmente como el estratega del proletariado.

2. Las tesis más importantes establecen nuevamente que: «La estabilización relativa del capitalismo ha terminado.» ¿En 1932? Sin embargo, el VI Congreso Mundial habló ya del fin de la estabilización. El Pleno del C. E. de la I. C. proclamó «el tercer período», es decir, el período que va de una manera inmediata hacia la insurrección del proletariado. Ahora nos informan, sin comentarios, que la estabilización del capitalismo ha terminado. ¿Cuántas veces se ha declarado lo mismo?

3. Al hablar de China se afirma: «La revolución soviética ha triunfado en gran parte del territorio.» Una revolución puede ser burguesa o proletaria. ¿A cuál de las dos se refiere la afirmación anterior? ¿Por qué encubre la I. C. el contenido de clase de la revolución con la forma soviética?

4. «La nueva guerra imperialista mundial constituye un peligro *inmediato*.» En el VI Congreso Mundial se declaró ya el peligro de guerra como inmediato. Después de los cuatro años transcurridos, el C. E. de la I. C. repite la misma fórmula. En estos momentos está un poco más cerca de la realidad que en 1928. Pero ¿qué significa, hablando con propiedad, la palabra *inmediato* en boca de la I. C.?

5. Los P. C. están obligados a «oponer luchas reales contra la preparación de la guerra a las declaraciones abstractas e hipócritamente pacifistas de la socialdemocracia». Esto es justo. Pero, entonces, ¿qué se hace con las declaraciones, no menos abstractas y no menos hipócritas, del Congreso de Amsterdam? Hay algo verdaderamente sorprendente, y es que en la resolución no se menciona ni una sola palabra sobre la mascarada de Amsterdam. ¿Es que ya se avergüenzan de su propia criatura?

6. Las tesis dan definiciones realmente muy inteligentes sobre las distintas formas del fascismo. Se afirma que «los socialfascistas prefieren la aplicación moderada y «legal» de la violencia burguesa..., defienden su exterior democrático e intentan censurar severamente sus fórmulas parlamentarias». Ahora lo comprendemos perfectamente. El cuadrado es un triángulo en el cual sus cuatro lados se cortan en ángulo recto.

7. Sobre la situación en Francia se asegura que, si bien es cierto que el P. C. y los Sindicatos revolucionarios se han debilitado, en *compensación*, se ha desarrollado un gran movimiento revolucionario contra la guerra. Pero el caso es que un movimiento contra la guerra que se produce al mismo tiempo que un debilitamiento de la vanguardia proletaria se convierte irremisiblemente en un movimien-

to pequeñoburgués y se transforma en provecho del pacifismo reformista.

8. Al P. C. alemán se le aconseja reforzar la lucha «contra el nacionalismo y el chovinismo mediante el internacionalismo proletario». Esto es justo; pero ¿qué es lo que queda del programa de «liberación nacional»?

9. El P. C. polaco tiene la obligación de «destruir» la influencia del partido socialista sobre las masas y de «sobrepasar su debilidad en todas las grandes fábricas, entre los ferroviarios, en el ejército». Un consejo que no puede ser más sencillo: destruir al enemigo y convertirse en todopoderoso. Kuusinen no se olvida más que un detalle: explicar cómo pueden lograrse esas consignas.

10. A España se le aconseja que se oriente hacia la «dictadura proletaria y campesina bajo la forma de los Soviets». Pero no se explica, como de costumbre, en qué se diferencia este régimen de la dictadura del proletariado.

11. A Inglaterra, como anteriormente a todos los demás países, se le dice que debe realizar el frente único «desde abajo». En otras palabras: el Pleno del C. E. de la I. C. ha sancionado una vez más el renunciamiento a la política del frente único.

12. A Manchuria se le propone, sobre la base de la guerra de partidos, el «poder popular elegido». ¿Es una consigna democrática? ¿Por qué se da de una manera tan vaga? ¿Por qué solamente para Manchuria? ¿Por qué no se puede aplicar a todo China?

13. Al P. C. indio le corresponde «liberiar a las masas de la influencia del Congreso Nacional». Pero, al mismo tiempo, el C. E. de la I. C. fraterniza con Patel por mediación del Congreso de Amsterdam y ensalza artificialmente la autoridad del Congreso Nacional.

14. En lo que se refiere a las cuestiones de organización, el Pleno aconseja «liquidar resueltamente el centrismo excesivo, el sistema de mando en toda su pureza». Este consejo no está mal en boca del C. E. de la I. C., que desde hace ya cinco años no ha convocado un Congreso Internacional y manda de una manera usurpadora en nombre de la Internacional.

15. El C. E. de la I. C. insiste (?) en que «las juventudes comunistas se transformen en una verdadera organización de masas». Un consejo magnífico. Pero ¿cómo es que todas las organizaciones juveniles vegetan y decaen a pesar de los consejos de Kuusinen? Precisamente porque aun no se han libertado de sus consejos.

16. Como conclusión, diremos que las tesis aconsejan a todos y a cada uno que luchen por la pureza de la doctrina sobre la base de la «carta de Stalin». ¡Pobre pureza! ¡Pobre doctrina! ¡Pobre I. C.!

17. De los *Soviets* no se habla en las tesis más que de una manera incidental, a propósito de China y de España. En lo que se refiere a los otros países, a pesar de las perspectivas revolucionarias establecidas en las tesis, los Soviets no son, en general, mencionados para nada; en particular, la consigna de los Soviets no ha sido planteada al proletariado alemán. No es difícil encontrar la explicación de por qué no se ha hecho. En Alemania, como en la mayoría de los países avanzados, no se pueden crear Soviets más que sobre la base de una política de frente único activo y fuerte. El ultimatismo y la consigna de los Soviets no son conciliables. Al renunciar al frente único, los stalinianos renuncian a los Soviets.

L. TROTSKY.

Prinkipo, 13 de octubre de 1932.

Interesante

El plan quinquenal y la colectivización de la agricultura

La cuestión agraria, de importancia inmensa en casi todos los países, es fundamental en la U. R. S. S., donde la inmensa mayoría de la población la constituyen los campesinos. De no haber sellado su alianza con estos últimos, el proletariado ruso no hubiera podido triunfar en 1917. Se puede afirmar que todos los problemas fundamentales de la revolución han tenido—y siguen teniendo—su raíz en el establecimiento de relaciones acertadas entre la agricultura y la industria, entre los obreros y los campesinos. Cualquiera que sean las cuestiones que se debatan alrededor de la revolución rusa, siempre volveremos a este problema fundamental.

La nueva política económica (NEP), que señaló un cambio de frente fundamental en la política seguida durante los cuatro primeros años de la revolución, tuvo también su origen en la cuestión fundamental de las relaciones entre el campo y la ciudad. La NEP vino a substituir al llamado «comunismo de guerra», que se basaba en el sistema de las requisas, en la distribución y no en la producción. En la primavera de 1921, el desastroso estado económico del país, la grave situación material de la clase obrera, la baja formidable de la producción industrial y el descontento subsiguiente de las masas obreras y campesinas evidenciaron toda la inconsistencia del sistema. Este había sido dictado por las necesidades de la guerra civil, el bloqueo y la intervención extranjera. Desaparecidas estas circunstancias, el comunismo de guerra no tenía ya razón de ser. Hay que decir que los dirigentes del Partido no se dieron cuenta de esta realidad hasta que la insurrección de Kronstadt y los levantamientos campesinos señalaron imperiosamente la necesidad de efectuar el cambio de táctica radical que significó la instauración de la NEP.

La NEP se reducía en esencia a dejar en libertad al campesino para vender el exceso de su producción una vez pagado el impuesto en especies que venía a reemplazar la requisa forzada del período del comunismo de guerra. Al parecer, la reforma no tenía una importancia fundamental. En realidad la tenía enorme, puesto que al dejar al campesino en libertad de vender el exceso de su producción se restablecían las relaciones de mercado, y con ello las posibilidades de acumulación capitalista. El impuesto era una medida transitoria que perseguía como fin llegar al intercambio normal entre el campo y la ciudad y, más adelante, a la gran explotación socializada. Esta medida equívoca estaba dictada, de una parte, por la situación creada en el país por la guerra imperialista y la guerra civil, y de otra, por la estructura económica, muy abigarrada, de Rusia, en la cual, como hacía notar Lenin en su folleto sobre *El impuesto en especie*, coexistían cinco formas económicas, desde la patriarcal hasta la socialista. Era preciso restaurar las fuerzas productivas, restablecer la circulación en el cuerpo paralizado de la economía, impulsar la producción agrícola y el desarrollo de la industria ligera, aunque Lenin no dejara de ver la importancia fundamental de la industria pesada.

La nueva política económica engendraba, como hemos ya dicho, la posibilidad del capitalismo; pero este riesgo quedaba considerablemente aminorado por la circunstancia de que el proletariado seguía teniendo en sus manos las posiciones dominantes, esto es, toda la gran industria, el transporte, los Bancos, el monopolio del comercio exterior y, sobre todo, el poder político. Lo importante era no perder de vista el objetivo a perseguir, es decir, la instauración del socialismo, sostener una política encaminada a reforzar las posiciones económicas y políticas del proletariado y a impulsar el desarrollo del movimiento revolucionario internacional. Las concesiones tácticas no son peligrosas cuando se posee una buena estrategia política. Una concesión táctica como la instauración de la NEP en manos, por ejemplo, de los mencheviques, podía constituir el instrumento de la restauración capitalista; en manos del partido bolchevique, fiel todavía en aquella época a sus tradiciones, podía y debía convertirse en un instrumento de transformación socialista.

Gracias a la adopción de la nueva política el país realizó rápidos y fecundos progresos desde el punto de vista económico, hasta alcanzar en 1925-1926 el nivel de antes de la guerra. Pero como hemos señalado ya, la NEP encerraba, al lado de sus aspectos positivos, contradicciones peligrosas. Hemos señalado ya el peligro de que naciera una nueva burguesía agraria como consecuencia de la acumulación. Al mismo tiempo, el retraso de la industria engendraba lo que se convino en llamar «hambre de mercancías», y a causa del precio elevado de los artículos manufacturados, lo que Trotsky calificó de «tijeras», es decir, la diferencia entre el precio de los productos agrícolas y el de los artículos de la industria, con lo cual se corría el riesgo de ver reducidas a nada las conquistas de la Revolución de Octubre, pues si el campesino tenía que pagar los artículos manufacturados a un precio superior al de antes de la guerra, esta diferencia podía representar, o acaso anular, lo que había ganado con la abolición de los arriendos y otras cargas feudales. La Oposición Comunista de Izquierda, ya desde 1923, dándose cuenta de estos riesgos, señaló el camino a seguir. Era preciso desarrollar la industria pesada, establecer un plan para el desarrollo económico del país, reforzar las posiciones políticas del proletariado, restableciendo la democracia en el Partido, en los sindicatos y en los soviets y encaminando todos los esfuerzos a disminuir la diferencia entre los precios de los artículos industriales y de los agrícolas, hasta conseguir que las «tijeras» se cerraran completamente. La industrialización, a su vez, había de ser la base de la renovación de la agricultura, pues la Revolución de Octubre había producido una situación particularísima. La solución del problema agrario en el sentido del reparto de las tierras entre los campesinos redujo considerablemente la producción del trigo-mercancía. El cultivo en las grandes haciendas era indudablemente más productivo que en las pequeñas parcelas campesinas. Por otra parte, el campesino trabajaba ahora principalmente para satisfacer sus necesidades. Con la revolución había tomado la «mala costumbre» de comer más. El reparto de tierras—medida indiscutiblemente acertada, pues de lo contrario la revolución no hubiera triunfado—significó, sin embargo, un retraso desde el punto de vista económico. Sólo la transformación de la explotación agraria sobre la base de la renovación técnica y de la colectivización podía resolver esta contradicción.

En las esferas dirigentes del Partido, donde, con la desaparición de Lenin, la clarividencia revolucionaria había sido reemplazada por el empirismo más vulgar, no sólo no se veían esos peligros, sino que

se practicaba una política que tendía precisamente a acrecentarlos. Se fomentaba el desarrollo de las explotaciones individuales y el de la industria ligera, al mismo tiempo que se liquidaban suavemente todos los ensayos de colectivización que se habían realizado a partir de la Revolución de Octubre; se idealiza al *kulak*, en vías de «evolucionar pacíficamente hacia el socialismo», según Bujarin; se invita al campesino a enriquecerse, y se ignora la lucha de clases en el campo. Gracias a esta política de la dirección Stalin-Bujarin el campesino rico va reforzando sus posiciones en el campo: están concentradas en sus manos las máquinas agrícolas; las concesiones que desde el punto de vista electoral les otorga el Gobierno les facilita el acceso a los soviets; la cooperación, ese instrumento de transformación socialista, se convierte en sus manos en un medio de explotación del campesino pobre; los profesores burgueses, tales como Kondrátiev, llevan la voz cantante en los órganos económicos del poder soviético; en el Código del trabajo se amplían las facultades de explotación del campesino rico, etc., etc. Es la época en que Kalinin, en un discurso pronunciado en Tver, dice que quien interesa al régimen soviético es el *kulak*, el único que se halla en condiciones de desarrollar las fuerzas productivas, mientras que el campesino pobre es un andrajoso cuyo solo aspecto provoca la desconfianza. El coronamiento de esta política es el desarrollo monstruoso de la burocracia, íntimamente ligada con la nueva burguesía del campo y de la ciudad, y la desaparición casi absoluta de la democracia obrera.

Contra esta política, que llega a su apogeo en los años de 1926-1927, se levanta con toda energía la Oposición Comunista de Izquierda. La Oposición señala el peligro que representa el *kulak* para el régimen soviético; indica con cifras precisas los avances de esa fuerza enemiga en el seno de la República proletaria; anuncia, para breve plazo, el ataque descarado de los *kulaks* contra la dictadura, aprovechándose de las circunstancias favorables que le ha creado para ello la política de la dirección del Partido. Aunque parezca paradójico, tres años de buenas cosechas agravan aún más la situación, porque, como consecuencia de ello, las facultades de acumulación de los *kulaks* se acrecientan. Cuanto mayor es la cantidad de grano que posee en sus trojes, mayores son las posibilidades que tiene de dictar su ley, de sujetar al campesino pobre y de crear una situación difícil a la dictadura proletaria. La dirección del Partido niega rotundamente que el peligro *kulak* exista, y los buenos burócratas de los servicios oficiales de estadística demuestran con cifras que los campesinos ricos, por su peso específico insignificante, no representan ningún peligro.

La Oposición, para hacer frente al peligro que se avecina, preconiza la limitación de las tendencias explotadoras del *kulak*, el establecimiento de un impuesto obligatorio en grano, que gravaría exclusivamente a aquél, la exención de todo tributo para el 40 ó el 50 por 100 de los campesinos y la colectivización gradual de la agricultura mediante su renovación técnica. Pero estas medidas no debían tener un carácter meramente administrativo. Sin la acción de las masas pobres del campo, sin la participación activa de estas últimas en la política del gobierno soviético, todas estas medidas no tendrían ningún sentido. Por este motivo la Oposición sostenía la necesidad de organizar a los campesinos pobres en asociaciones combativas (algo parecido a las «uniones de campesinos pobres» del período del comunismo de guerra) especiales, para convertirse en los auxiliares directos de la política del proletariado.

A esto se nos contestaba que nos dejábamos llevar por el pánico al *kulak*, que éste no constituía peligro alguno, que la producción agraria estaba perfectamente regulada por los órganos económicos soviéticos—así lo afirmaba categóricamente a principios de 1928 el comisario Mikoyán—y que lo único que conseguiríamos con nuestra política sería desencadenar la guerra civil en el campo. El XV Congreso del Partido, compuesto de delegaciones amañadas, condenó solemnemente la Oposición Comunista de Izquierda, declaró que la calidad de partidario de los puntos de vista de la misma era incompatible con la de miembro del Partido y aprobó sin reservas la política de la dirección. Como consecuencia de este acuerdo se expulsó del Partido a los oposicionistas, y empezaron las detenciones y los destierros. Pero he aquí que cuando aun no se había secado la tinta de las resoluciones en que se declaraba infundado el temor al *kulak*, éste ponía en un brete al régimen soviético negándose a entregar el trigo que había acumulado. Fué una verdadera ofensiva contra el régimen soviético, preparada sistemática y tenazmente por la dirección del Partido con su política miope. Pocas semanas después de la celebración del Congreso, sus acuerdos resultaban ya completamente envejecidos. La *Pravda* publicaba artículos denunciando el peligro que representaban los *kulaks*; los servicios oficiales de estadística se apresuraban a demostrar, sin preocuparse en lo más mínimo de lo que habían demostrado antes, que el *kulak* representaba un peligro real. La dirección del Partido, ante la gravedad de la situación creada por la «huelga de los *kulaks*», se vió obligada a tomar medidas enérgicas, pues de lo contrario se corría el riesgo de que la población se quedara sin pan y de que tuviera que suspenderse completamente la exportación de trigo, lo cual hubiera tenido consecuencias nefastas para la vida económica del país. En el primer momento se adoptan decisiones extraordinarias para hacer frente a la situación. Los que con tanta indignación se elevaban contra la proposición de la Izquierda Comunista de establecer un impuesto obligatorio en trigo, medida que debía alcanzar únicamente a los campesinos ricos, y que hubiera evitado indudablemente la crisis, no vacilan en recurrir a los métodos del comunismo de guerra, es decir, a la requisición, que alcanzaba no sólo a los *kulaks*, sino también a los campesinos medios y en parte a los pobres, esto es, a aquellos que no se habían visto aun obligados a vender el grano a los campesinos ricos. Pero a estas medidas extremas, dictadas por las circunstancias, siguieron concesiones inmediatas a los elementos de la derecha, concesiones que consistieron principalmente en la abolición de las medidas extraordinarias, el aumento de los precios del trigo y la revisión de los impuestos.

No tardó en ponerse de manifiesto toda la insuficiencia de las medidas administrativas. Las críticas y los sacrificios de la Oposición, cuyos mejores militantes habían sido excluídos del Partido, deportados o encarcelados, no fueron vanos. La realidad, que confirmó plenamente todas nuestras predicciones y el sordo descontento de la clase trabajadora, provocó la ruptura del centrismo stalinista con la derecha y la adopción de una política decididamente dirigida contra el *kulak*. Pero como ocurre siempre con el centrismo stalinista, pasó del oportunismo de derecha al aventurismo de izquierda más insensato. De la política anterior, netamente favorable al desarrollo de la pequeña explotación campesina, se pasa a la de la colectivización a todo trance, sin tener absolutamente en cuenta las posibilidades reales del país, y se anuncia la supresión pura y simple del *kulak* como clase en dos o tres años.

Si antes toda la política agraria se orientaba en el sentido del desarrollo de la pequeña explotación campesina, y muy particularmente de la del *kulak*, ahora se pretende colectivizar la agricultura en todo el país de la noche a la mañana. Fué ése un período en el cual la estupidez burocrática y el olvido absoluto de los principios de la táctica marxista en la cuestión agraria llegaron a los extremos más inconcebibles. La Oposición de Izquierda se había declarado siempre partidaria de adoptar el camino de la colectivización, pero con una política inteligente, basada, en primer lugar, en la transformación de la base técnica de la agricultura y en la necesidad de convertir al campesino a la colectivización no mediante el empleo de métodos puramente administrativos, sino con ayuda del ejemplo. Colectivizar la agricultura por decreto en un plazo brevísimo sólo podía ocurrírsele a un hombre de estrecha mentalidad burocrática como Stalin. No creemos necesario recordar aquí en detalle toda la política campesina, prudente en extremo, de Lenin. Podríamos demostrar, con textos en la mano, que la política campesina de Stalin se halla en profunda y completa contradicción con todas las enseñanzas de Lenin. Este, por otra parte, no hacía más que seguir fielmente las tradiciones del marxismo revolucionario, que por boca de Engels, por ejemplo, en su obra *La cuestión agraria en Francia y en Alemania*, decía lo siguiente sobre esta cuestión fundamental: «¿Cuál debe ser nuestra actitud frente al pequeño agricultor y cuál deberá ser nuestra conducta cuando el poder estatal vaya a parar a nuestras manos? En primer lugar es indiscutiblemente acertada la siguiente tesis del programa francés: prevemos la desaparición inevitable del pequeño agricultor, pero en ningún caso estamos llamados a provocarla mediante intervención ninguna de nuestra parte. En segundo lugar, es asimismo evidente que una vez dueños del poder estatal, no se nos ocurrirá expropiar por la fuerza a los pequeños agricultores (con indemnización o no, esto es indiferente), como deberemos hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra misión con respecto a los pequeños agricultores consiste ante todo en convertir su producción y su propiedad privadas en cooperativa, pero no por la fuerza, sino con ayuda del ejemplo y proponiendo la ayuda social para este fin. Y entonces, naturalmente, tendremos recursos suficientes para ofrecer a los campesinos todas las ventajas que ya ahora deben serles explicadas.»

¡Cuán lejos nos hallamos de la insensata política de colectivización adoptada por la dirección stalinista del Partido comunista ruso! El campesino ruso, por obra y gracia de los burócratas stalinistas, se vuelve colectivista de la noche a la mañana y se incorpora en masa, en medio de un entusiasmo desbordante, a las explotaciones colectivas (*koljós*). Hay distritos que reclaman impacientemente que se les colectivice enteramente. Los campesinos van al *koljós* con banderas rojas y música. Esta, sin embargo, es la verdad oficial. La realidad es muy otra. El campesino ruso, como es muy natural, no se había convertido al socialismo, de la noche a la mañana, mediante una especie de transformación milagrosa de su psicología. El campesino era lo que era y lo que no podía dejar de ser en las condiciones económicas en que se desarrollaba: un hombre de mentalidad pequeñoburguesa, con el sentimiento de propiedad profundamente desarrollado. Si va al *koljós* es por la fuerza, sea por temor a la coacción directa o por la imposibilidad económica de seguir viviendo en su parcela de tierra. La protesta del campesino, sin embargo, toma a veces formas graves y violentas. Así, a principios del año 1929 estallan en las distintas regiones agrarias

del país más de 200 levantamientos campesinos, algunos de ellos de tal magnitud que fué preciso recurrir incluso al bombardeo aéreo (como ocurrió, por ejemplo, en algunos puntos del Cáucaso). Pero la forma de protesta que los campesinos adoptaron preferentemente fué la de degollar el ganado antes que entregarlo al *koljós*. Esta protesta tuvo consecuencias de las cuales se resiente todavía el país: en la actualidad en Rusia no hay carne o la hay en cantidades tan insignificantes que son notoriamente insuficientes para satisfacer las necesidades de la población.

Los funestos resultados de esta política no habían de hacerse esperar. En la primavera de 1929, la *Pravda*, de Moscú, esa misma *Pravda* que veinticuatro horas antes cantara con toda la elocuencia de que es capaz el plumífero asalariado los éxitos inmensos de la realización del Plan quinquenal en la agricultura, insertaba un artículo de Stalin poniendo en guardia al Partido contra las «exageraciones» que se habían cometido y haciendo recaer, naturalmente, todas las responsabilidades no sobre su política (la famosa «línea general»), sino sobre los ejecutores. Fiel a este principio, Stalin no confesaba naturalmente el fracaso de su política, sino que las exageraciones cometidas las atribuía al «vértigo producido por los éxitos» (!). En realidad, si aquellos «éxitos» hubieran continuado habrían conducido al régimen soviético a un callejón sin salida. Las consecuencias de ese artículo y de las disposiciones oficiales que le sucedieron fueron la afirmación del principio voluntario y la salida del *koljós* de un gran número de campesinos.

A pesar de las bajas considerables que hubo en el período aludido, poco después los campesinos afluyeron de nuevo al *koljós*, no porque se hubieran convencido de sus excelencias, sino porque no tenían en realidad otro recurso, pues el campesino individual se hallaba privado casi enteramente de la ayuda del Estado. Y empezó de nuevo el curso hacia la colectivización forzada y a la supresión total del *kulak* como clase... por la vía administrativa. ¿Puede imaginarse algo más absurdo? La supresión de una clase no es una cuestión de orden administrativo que se pueda resolver como lo hizo Stalin, con ayuda de los agentes del poder público, mandando al *kulak* a la deportación siberiana, sino un problema económico. El error de Stalin en este aspecto es, en el fondo, absolutamente igual al de los anarquistas terroristas que se imaginan que se puede suprimir a la burguesía suprimiendo físicamente al burgués. Suprimir al *kulak* como clase equivalía a suprimir el mercado y, por consiguiente, dar un paso decisivo en el sentido de la desaparición completa de las clases y, por consiguiente, del Estado. Imaginarse que esto podía realizarse en un período de dos o tres años era un absurdo que no se le podía ocurrir más que a un insensato o a un empírico como Stalin.

Durante todo ese período se idealizó al *koljós* como antes se había idealizado al *kulak*, presentándolo como la realización del socialismo. Ahora bien: el *koljós* no es el socialismo, ni mucho menos, aunque represente un progreso considerable con respecto a la explotación individual, y para que nuestros lectores se formen una idea de lo que representa vamos a precisar su sentido trazando, a grandes rasgos, sus características fundamentales. Hay tres categorías de *koljós*: 1) las asociaciones cooperativas; 2) los *artels*; 3) las comunas. En la primera de estas categorías el trabajo se realiza con los aperos propios; está socializado el trabajo, pero no lo están los medios de producción. En la segunda categoría se socializan los medios de producción más caros. En la tercera categoría, la más elevada, todos los medios de producción son comunes. Esta categoría es la menos difundida. Su peso específico en la agricultura es insignificante.

La forma de distribución varía desde la mercantil-monetaria hasta la casi-comunista. El reparto se efectúa según la participación de cada campesino, y, por consiguiente, la lucha de clases continúa en el *koljós* porque se le cierra la puerta en otra parte. En realidad, el Estado, con su política, ha organizado la lucha de clases y ha dado a los campesinos un arma eficaz para combatirle. Privado del derecho a agruparse en organizaciones específicas de clase, se organiza en el *koljós*. Acaso sea ésta una de las razones que más han contribuído a que gran parte de campesinos se hayan incorporado a los *koljós*.

Toda la política de colectivización de Stalin obedece a una concepción puramente burocrática y a su empirismo congénito. Stalin está reñido completamente con la dialéctica marxista. Se ha empezado, como lo hemos ya dicho antes, por idealizar el *koljós*. Hemos visto ya que *koljós* y socialismo no eran sinónimos. Tampoco es cierto que la explotación colectiva de la tierra sea indiscutiblemente ventajosa en todas las circunstancias. La colectivización presupone absolutamente la transformación técnica, la mecanización de la agricultura. Como hacía notar el Kautsky de los buenos tiempos en su obra *La cuestión agraria*, la gran producción agrícola no es absolutamente la mejor, y que, por consiguiente, no se le puede aplicar el mismo criterio que a la industria. «La diferencia—dice—procede de que en la industria cada aumento de las dimensiones de la producción equivale a una concentración creciente de las fuerzas productivas con todas las ventajas inherentes: economía de tiempo, de gastos, de material, control más fácil, etc. Por el contrario, en la agricultura cada aumento de las dimensiones de la producción, si las condiciones son iguales, esto es, si subsiste el mismo modo de cultivo, es igual al ensanchamiento de la superficie de la empresa; por lo tanto, al aumento de la pérdida de material, al mayor empleo de fuerza de trabajo, de recursos, de tiempo para el transporte de la mano de obra y de material...» La creación de grandes explotaciones colectivas puede ser, por lo tanto, eficiente sobre la base de la aplicación de la maquinaria, de la transformación radical de la producción. Trotsky ha expresado este criterio con un ejemplo muy convincente. Si juntáis —ha dicho—varias barcas de pescar no obtendréis un trasatlántico. El hecho de que se junten las distintas explotaciones individuales para ser cultivadas con ayuda del arado de madera y del caballo no significa que se haya creado una gran explotación moderna o que un *koljós* de ese tipo sea superior a la parcela individual. Al contrario, lo más seguro es que esta última sea más productiva, puesto que, por lo menos, está libre de los gastos burocráticos que han acompañado a la fundación de los *koljós*.

Ahora bien; si la renovación técnica de la agricultura es la condición preliminar indispensable de la colectivización, ¿se halla la U. R. S. S. en condiciones de efectuar la transformación integral de su agricultura en este sentido, tal como anunciaba Stalin, provocando el entusiasmo y la devoción de los epígonos de todos los países y de los «amigos de la U. R. S. S.», que creen que el serlo consiste en aceptar con los ojos vendados todo lo que hace una burocracia inepta y aplaudir las películas de Eiseinstein?

Unas pocas cifras demostrarán toda la inanidad del propósito. Según reconocía la propia *Pravda*, la colectivización completa de la agricultura exigía un millón y medio de tractores. En la primavera de 1930 había en la U. R. S. S. 23.000 de ellos. Según el Plan quinquenal, a últimos de 1932-1933 debería haber 45.000. Después, sin em-

bargo, se aumentó esta cifra hasta 545.000. Por lo tanto, aun realizando íntegramente el Plan quinquenal en lo que se refiere a la producción de tractores, al final del quinquenio no se contaría ni con la mitad de los necesarios para la colectivización integral. Hay que añadir aquí que de los 23.000 tractores que había en la primavera de 1930, más de la mitad estaban necesitados de una reparación fundamental, y que la realización del Plan exige el aumento correspondiente de la producción de petróleo, del transporte, de la metalurgia, en una palabra, que existía una armonía que precisamente ha sido quebrantada en toda la línea entre las diversas partes de la economía soviética.

Día tras día señaló la Oposición el error fundamental cometido por la dirección del Partido en su política campesina; día por día puso en guardia contra los peligros que representaba para la economía del país el aventurismo desenfrenado que fué la norma del stalinismo durante estos últimos cuatro años; día tras día fué señalando las fallas inevitables y el camino para corregirlas, mediante la renuncia a la política insensata de la colectivización integral y de la supresión del *kulak* como clase en dos o tres años y el retorno a la política de Lenin.

Nuestra voz no fué escuchada; se persistió en la loca carrera emprendida. La experiencia, una vez más, ha venido a darnos la razón confirmando plenamente todas nuestras previsiones. Va a terminar el cuarto año, el último, del Plan. Según el *bluff* stalinista, corcado durante estos años por los epígonos de todos los países, sin exceptuar el substalinismo maurinista, en la U. R. S. S., a fines de 1932, la agricultura estaría casi íntegramente colectivizada, el *kulak* no sería más que un recuerdo y se entraría de lleno («con los dos pies», según la frase inmortal de Mólotov) en el socialismo. La realidad es, ¡ay!, muy otra. Un rápido balance de la política de colectivización nos lo demostrará con evidencia. En vez de esa producción gigantesca que con tanto empaque nos anunciaran los apologistas oficiales, nos hallamos en presencia de una disminución considerable de las fuerzas productivas. La inflación, resultado de la errónea política de industrialización (1), ha conducido a un aumento de los precios de los productos. La situación es tan alarmante en este sentido, que se ha llamado a Moscú a Sokólnikov, embajador en Inglaterra, para estudiar la reforma financiera. Según la opinión de la propia burocracia stalinista, sólo el 10 por 100 de los *koljós* fundados puede considerarse como eficiente. Los campesinos de los *koljós*, a consecuencia de los errores de cálculo cometidos, carecen de los productos alimenticios más indispensables. ¿Se quiere una condenación más rotunda del sistema? La crisis económica general ha tomado caracteres de gravedad extrema. La situación del país—nos escribe un camarada ruso—puede compararse en este sentido a la de 1919-1920, es decir, al período del comunismo de guerra. Han reaparecido las colas en las tahonas, espectáculo que no se había visto desde aquella época. El pan hasta ahora no había faltado. Para suplir el déficit de la producción agrícola se incita a los obreros a organizar el cultivo en los patios de las fábricas para satisfacer a sus necesidades individuales. ¿Se puede hablar, en estas circunstancias, de la posibilidad de realizar un plan?

(1) Sobre los errores cometidos en la política de la industrialización, véase el magnífico artículo del compañero L. Fersen, publicado en COMUNISMO hace dos números.

Este ha sido, a grandes rasgos, el resultado de los errores acumulados por la dirección del Partido. Los apologistas oficiales, siguiendo también en esto a Stalin, que mantiene un silencio obstinado, han enmudecido. Ha enmudecido también el substalinismo bloquista, para el cual todo lo que se refería a la política de la U. R. S. S. ha sido considerado como *tabú* durante estos dos últimos años. ¿Por qué se callan los unos y los otros? ¿Por qué no nos dicen lo que piensan de la situación actual en la Rusia soviética? ¿Por qué no dicen una palabra del nuevo zigzag que, bajo la presión de las circunstancias, acaba de realizar la dirección stalinista? Ya que ni la Prensa comunista oficial ni el maurinismo se deciden a orientar a la clase obrera de nuestro país sobre los problemas de la revolución rusa, lo haremos nosotros.

El stalinismo y la clarividencia política son dos términos antagónicos. Stalin es un empírico y, como tal, obra sólo impulsado por las circunstancias del momento. Después de la política disparatada de estos últimos años, ante la crisis profunda a que ha llevado al país, se ha visto obligado, precisamente en el último año del Plan, a efectuar uno de sus zigzags acostumbrados, esta vez decididamente hacia la derecha. En efecto, hace tres meses se ha restablecido el mercado y el curso hacia la colectivización forzada ha sido substituído por una serie de medidas favorables al desarrollo de la explotación individual. Los *koljós* y los campesinos individuales tienen ahora el derecho de llevar al mercado el excedente de sus productos. No creemos necesario insistir sobre la trascendencia inmensa de esta decisión. Se restablece el mercado precisamente en el momento que, según la propaganda oficial, había de señalar su desaparición completa. Como consecuencia de la estúpida política seguida, este restablecimiento se efectúa en condiciones particularmente desfavorables. En realidad, no es el *koljós*, como colectividad, el que lleva sus productos al mercado, sino individualmente los campesinos que forman parte de aquél y se valen de todas las astucias imaginarias para apoderarse de parte de los productos a fin de tener la posibilidad de venderlos. Es decir, que, según una de las últimas cartas recibidas de la U. R. S. S., los campesinos de los *koljós* se roban a sí mismos. Se comprenderá que en estas condiciones la especulación haya tomado proporciones fantásticas y la situación económica de la clase obrera haya empeorado gravemente, pues los precios del mercado libre han comprometido seriamente el presupuesto familiar, sobre todo si se tiene en cuenta que las cooperativas, teóricamente destinadas a suministrar todo lo necesario a los obreros, carecen de los productos fundamentales.

Este es el balance de la política stalinista que había de conducir a la realización del socialismo en cuatro años y que en realidad ha conducido al país a una crisis económica de inmensa gravedad y a un empeoramiento alarmante de la situación de la clase obrera. Las consecuencias políticas de este hecho no se harán esperar. Por lo pronto, se puede afirmar que el stalinismo ha fracasado rotundamente y que su liquidación, tanto en la U. R. S. S. como en la Internacional, donde ha ido de fracaso en fracaso, es inminente. El deber de la Izquierda Comunista consiste en intensificar su acción para evitar que la caída del stalinismo se convierta en la de la revolución rusa y en un desastre irreparable para el proletariado internacional.

ANDRÉS NIN.

La bancarrota de una política

La terminación del Plan quinquenal tenía que señalar la etapa más importante en el proceso de descomposición del stalinismo. La expectación que la misma burocracia comunista había logrado crear tenía como paralizada la voluntad y dormidas las facultades críticas de grandes sectores del proletariado, y particularmente de los comunistas. Se venía observando la actuación, un poco peor que desastrosa, de los partidos internacionalmente. Pero se había conseguido también que la sugestión del Plan quinquenal sirviese para taparlo todo y disculpar lo que no tiene disculpa. Las propagandas de cartel y pandereta seudorrevolucionaria habían provocado un estado de embrutecimiento colectivo, del que no había que pensar en salir en cuanto no se pudiera hacer un balance de los resultados del Plan quinquenal. El stalinismo pretendía lavarse de todos sus errores y ocultar su carácter de fracción parasitaria, agarrándose a la política de industrialización de la U. R. S. S. como a un clavo ardiendo. Hizo de ella la base de su prestigio, asignándose así—inconscientemente desde luego—una vida efímera. Cuando al llegar a la meta fijada se viera la distancia que existe entre las propagandas efectistas y lo obtenido, el mismo Plan quinquenal había de convertirse en la mayor fuente de desprestigio de sus campeones.

La llegada a la meta actual tiene que ser el punto de partida de una reacción revolucionaria en el proletariado y, sobre todo, en los medios comunistas. Los resultados del Plan y la situación internacional de los partidos revelan en toda su dolorosa brutalidad la ineptitud, la nulidad revolucionaria de la fracción dirigente. Parejamente se afirma en los revolucionarios más avanzados la idea de que hay que desprenderse del stalinismo si es que, en verdad, se quiere hacer frente a los problemas que hoy asedian al proletariado. El balance general de la política stalinista no deja lugar a dudas. De un examen un poco sereno y severo se desprende que no es posible hacerse ilusiones sobre las perspectivas revolucionarias del comunismo de seguir dirigido por esta fracción. La situación actual del mundo, que es la mejor medida de una política revolucionaria, que no se puede abordar con meras frases, sino que reclama hechos, está provocando el retroceso más desordenado y las más inesperadas claudicaciones del stalinismo. A medida que la situación se agrava, que las soluciones se hacen más apremiantes, la turbación y el desconcierto aumentan. Estamos asistiendo a la agonía del stalinismo.

En política interior nos presenta el stalinismo la perspectiva de un segundo Plan quinquenal, que es puro capricho, pues sólo responde a la intención de presentar un programa consolador, a sabiendas de que no ha de poder cumplirse. Se parte del supuesto de que en el primer Plan quinquenal se han alcanzado poco más o menos los objetivos propuestos, y que el segundo es la continuación lógica y natural del primero. Pero la realidad es completamente distinta.

Al fin del Plan quinquenal se impone un retroceso en toda la línea, tanto en la industrialización como en la colectivización. Se ha llegado a un límite tal, que todo intento de proseguir a marchas forzadas es sencillamente inútil; la producción remite y retrocede por sí

sola. Este año, el año último, a pesar de las extraordinarias medidas que se han tomado, no ha sido posible obtener las cifras fijadas en ninguno de los puntos fundamentales del Plan. Ni responde el plan financiero—no hay medio de cubrir presupuestos tan enormes—, ni responde la industria en las proporciones fijadas. De este modo se va iniciando una línea descendente, que obliga—con objeto de contener el descenso—a toda una serie de gravámenes sobre la población y sobre las condiciones de trabajo. Esto crea, como se comprenderá, una tensión insoportable.

Hay quien supone que, exagerando al decir que aun habiendo aumentado con el Plan quinquenal la potencia industrial de Rusia, se ha producido una enorme crisis económica en el país y han empeorado las condiciones de vida y de trabajo de la población. La explicación, sin embargo, es sencilla, y la hemos dado más de una vez: el Plan quinquenal era demasiado grande. De aquí viene como ley fatal el que se agravara la situación interior con impuestos, agravando las condiciones de trabajo y provocando una escasez de los productos naturales del país que debieron ser exportados con exceso para cubrir las necesidades del Plan. El comercio exterior de la U. R. S. S. durante el año 1931 (no podemos citar, por desconocerlo, el comercio del año en curso) ilustra perfectamente la cuestión ésta.

Durante el año 1931, la U. R. S. S. ha aumentado las importaciones de todos los artículos interesados en la realización del Plan quinquenal: carbón, acero, metal y maquinaria en general. En cambio, ha disminuído la importación de productos de la industria textil y de todos los productos de uso corriente. Es sabido que el Plan quinquenal estaba fundamentalmente concentrado en la industria pesada. Por consiguiente, el que haya disminuído la importación de productos de la industria ligera no quiere decir que haya aumentado la producción del país en este sector, sino que ha habido que sacrificar esta última clase de importaciones en beneficio de las otras. El examen de las exportaciones durante el mismo año completa el cuadro. A pesar de que la cosecha en 1931 ha sido peor que en 1930, ha aumentado la exportación de trigo, así como la de lino, pieles, manteca, pescado, madera, harina, aceite, salvado.

La existencia de la crisis económica de la U. R. S. S. no es, pues, una invención nuestra; es la consecuencia obligada de un plan de industrialización demasiado grande. Como, además, no es posible seguir por el mismo camino, pues, a pesar de haber apurado hasta lo último todos los recursos, la producción desciende, todas las fantasías que se hagan sobre el segundo Plan quinquenal son música celestial. Actualmente, en la U. R. S. S.—quiérase o no se quiera—hay que moderar la marcha de la edificación socialista, lo mismo en la industria que en la política de colectivización. Pero no hay que hacerlo a regañadientes, como se está haciendo ahora, aflojando de un lado y tirando de otro (tirando de la clase obrera, particularmente). Lo que hay que hacer es un retroceso ordenado, ajustando los planes económicos a las posibilidades reales del país y mejorando las condiciones de vida de las masas.

Si examinamos la política exterior del stalinismo, la actividad de la I. C., también llegamos a conclusiones claras. La conclusión, que establecemos de antemano y que vamos a razonar, es la siguiente: de seguir monopolizada por el stalinismo, la I. C. no hará ninguna revolución más. Parecerá esta afirmación demasiado fuerte. Pero estamos seguros de que no es exagerada y, por consiguiente, no debemos atenuar en nada la verdad, pues mantener el equívoco es re-

trasar la solución y crearle al comunismo una situación cada vez más grave.

El retroceso de la I. C. se debe a vicios y defectos de índole interior, pues desde 1924 ha estado sometida a las situaciones más diversas, a veces extraordinariamente favorables, y, sin embargo, el retroceso ha ido siempre en aumento. La crisis actual, que debiera señalar un progreso de la I. C., lo que hace es ponernos de relieve su debilidad lamentable. Es un hecho de enorme fuerza reveladora el que desde la muerte de Lenin, que trajo la separación de Trotsky y anunció el triunfo del stalinismo, no se ha formado ningún Partido comunista importante. Los grandes partidos que existen hoy en la Internacional (sobran los dedos de una mano para contarlos, y de ellos es el mayor el partido alemán) ya existían antes. Al nivel de partidos pequeños, que, más que partidos, son sectas, han pasado toda una porción de partidos antes medianos, como sucede en el continente americano, donde no hay ningún partido de mediana importancia. Otros de los partidos que se han formado en el período stalinista han sido como estrellas fugaces que sucumbieron en una aventura revolucionaria para no levantarse. Este ha sido el caso del Partido Comunista chino.

Para comprender bien todo lo funesto que es el stalinismo a la causa comunista, basta reparar en que, a medida que se va asegurando su triunfo, aumenta la impotencia de la Internacional. ¿Ha sido la revolución china la mayor falta del stalinismo? No; ha sido la menor. En realidad, la revolución china ha sido la última revolución a que la Internacional ha asistido un poco en serio. Se han cometido en ella errores monstruosos, que estaban ligados a la historia del viejo bolchevismo. Pero, por lo menos, se veía que, aun actuando mal, la I. C. actuaba y dirigía las operaciones. En esta época, aún el stalinismo no había llegado a la plenitud de su dominio; estaba todavía por desplazar la Oposición de Izquierda.

Pero desde 1928, fecha en que fué liquidada oficialmente la Oposición de Izquierda, puede decirse que la Internacional Comunista quedó reducida a su aparato decorativo. De esta dura realidad nos enteró la crisis presente.

En 1928 se celebró el último Congreso de la I. C., cuya principal misión parece haber sido sancionar la liquidación del *trotskismo*, que ahora estamos viendo que venía a ser lo mismo que sancionar la liquidación de la I. C.: han transcurrido cuatro años sin que se haya celebrado ningún Congreso. No se podrá decir que las circunstancias no lo exigen. ¿No reclaman todos los acontecimientos mundiales que se convoque un Congreso de la I. C.? ¿Puede haber la menor justificación o disculpa por su silencio? La conducta de la I. C. ante cada uno de los problemas más importantes que se le han presentado en este período—su comportamiento en la revolución española, en la alemana, ante el peligro de guerra—nos brinda, además, ejemplos definitivos de la nulidad revolucionaria del stalinismo y de su increíble espíritu de claudicación.

La caída de la Dictadura de Primo de Rivera planteaba aquí, en España, el problema de la creación de un Partido Comunista, pues no existía. El porvenir de la revolución dependía de que pudiera ingresar en el proceso revolucionario este nuevo factor. Pero—¡oh sorpresa!—, de pronto, vemos que la caída de la Dictadura sólo provoca en Manuilsky—cuya opinión era la de la I. C.—los pedantescos y despectivos comentarios propios de un superhombre de Casino de pueblo. Manuilsky, en efecto, no se percató hasta la insurrección de diciembre de que España entraba en un período revolucionario agudo, y desde su olimpo revolucionario despreciaba como simples motines o algaradas todos los síntomas de este fenómeno. Cuando se vió que la revolución era un hecho, entonces se elevaron los tonos de la propaganda, se pusieron en circulación fórmulas muertas, palabras sin sentido, y se declaró contrarrevolucionarios a todos los que estaban animados de un sincero deseo de influir revolucionario, y que, consecuentemente, tenían que combatir con toda energía lo que no era una política comunista, sino su parodia más grotesca. Fingiendo que se hacía política comunista, pero sin hacer, en realidad, nada más que ruido, transcurrió con la complicidad de la I. C. el período más agudo de la revolución española. Al creer llegada la hora de lavarse las manos, la I. C. descarga todas sus culpas en la dirección nacional, en los pobres testaferros de la dirección nacional, que carecían en absoluto de voluntad política propia, y su única obsesión era ejecutar bien lo que les mandaban y escribir al dictado.

El problema que se le presentaba a la I. C.—y sigue en pie—en Alemania era completamente distinto del de España. Allí ya no se trataba de crear un Partido Comunista, sino que se dispone de un Partido potente (el segundo de la I. C., después del ruso), con tradición en el país y que sólo tiene que seguir acompasado el proceso revolucionario. La I. C. tampoco se entera de la gravedad de la situación alemana y permanece sumida en el manejo de rimbombantes tópicos, con la inconsciencia más completa. Mientras tanto, la reacción empezaba a cristalizar en torno al partido nacional-socialista, que en 1928 todavía era inferior al Partido Comunista. La medida de una buena política comunista tenía que dárnosla la presencia de un proceso semejante de concentración proletaria en torno al Partido Comunista. Pero no era esto lo que ocurría: el Partido Comunista no era capaz de contener el avance impetuoso del fascismo, ni de arrancarle un tanto a la socialdemocracia. Así las cosas, en los últimos meses del año pasado hemos presenciado un hecho increíble: la I. C. sigue sumida en un impenetrable silencio, y sin concederle importancia—a lo menos en apariencia—a la situación alemana (todavía no conocemos ninguna resolución oficial de la I. C. sobre Alemania y aun no hace más que unos meses que hemos oído proclamar al Partido Comunista francés que Alemania había sido «puesta de moda» por los *trotskistas*), a la vez que, por su parte, el Partido alemán se disponía a ceder el terreno al fascismo sin lucha. Se decía—lo dijo Remmelé en septiembre de 1931—que «si el fascismo subía al poder caería antes que cualquier otro Gobierno, y entonces triunfaría la revolución proletaria». El espíritu de claudicación se había disfrazado de radicalismo verbal: lo que se necesitaba no era que los dirigentes del Partido derrochasen su talento, averiguando si, en caso de subir el fascismo al Poder, caería tarde o temprano, cosa, por otra parte, bastante difícil de averiguar (piénsese en Italia); lo urgente—lo mismo hoy que en aquella fecha—es evitar que el fascismo suba al Poder.

La intervención de Trotsky a fines del pasado año—hay que reconocer sin reservas que el cambio de actitud del comunismo alemán únicamente se debe a su intervención personal—contuvo la claudicación cuando el Partido iba a ella en línea recta. Pero aunque se evitó una traición cínica, no se ha conseguido convertir al Partido en lo que debiera ser: el verdadero núcleo revolucionario director de todo el proletariado contra el fascismo.

La última sorpresa que nos tenía reservada el stalinismo, después de su actitud ante la revolución alemana, es su indigna claudicación ante el problema de la guerra. La I. C. nació gloriosamente con

la revolución rusa, de la guerra imperialista. Gracias a su intransigencia con el patriotismo y con el pacifismo sentimental pudieron los bolcheviques, con los grupos que le eran afines, encaminarse hacia la revolución proletaria. La posición ante la guerra es algo tan perfectamente ligado a la historia de la revolución rusa y de la Internacional, que el hecho de atreverse a desfigurarla da la medida exacta del grado de podredumbre a que ha llegado el stalinismo. En lugar de tomar la iniciativa y organizar la lucha contra la guerra, la I. C. delega su misión en el aguado pacifismo de Henri Barbusse y Romain Rolland. Las resoluciones de carácter comunizante que salieron del Congreso de Amsterdam hacen creer a muchos comunistas ingenuos que señala un triunfo de la I. C., dada la diversa significación de los elementos que asistían al Congreso. Nada más falso. Al delegar sus funciones en los literatos pacifistas, confundirse y revolverse en el conglomerado Amsterdam, sin preocuparse de precisar las bases de la acción en camino, precisando, además, las posiciones particulares de la I. C., sin dejar la menor duda sobre lo que está dispuesta a hacer y lo que no ha de consentir; al convertir el Congreso en un revoltijo inmundo, el stalinismo nos demuestra que no está dispuesto a llevar una lucha seria contra la guerra y busca ese Congreso para salir del paso. Todo lo sucedido en el Congreso prueba que lo que menos importaba era que saliesen las bases para una lucha eficaz contra la guerra. Lo único que importaba era hacer, en medio de la mayor promiscuidad política, y diciendo cada uno lo que le daba la gana, una cosa de relumbrón. Un detalle definitivo: en el Congreso de Amsterdam todo el mundo fué benévolo con todo el mundo, menos con «la exigua minoría *trotskista*», que por casualidad llevaba una posición clara, la tradicional del comunismo sobre la guerra.

La actitud del stalinismo ante la guerra queda completa si, además del Congreso de Amsterdam, tenemos en cuenta la actividad de la diplomacia soviética en la Conferencia del Desarme. Hasta ahora, los delegados de la U. R. S. S. se habían limitado, en esta clase de Conferencias, a señalar el régimen capitalista como verdadero causante de la guerra, y a asegurar que no habría desarme mientras hubiera capitalismo; por su parte, la U. R. S. S. proponía el desarme total, si es que las potencias capitalistas lo aceptaban. Nunca, hasta ahora que lo hace por primera vez, propuso un delegado soviético un desarme parcial. Porque el mayor engaño—como ha dicho la Oposición de Izquierda en su manifiesto al Congreso de Amsterdam—que se le puede hacer al proletariado es que una reducción parcial de armamentos es un paso hacia el desarme total. Llegado el momento de una guerra, los países se arman al instante y el factor que decide en tal caso es la capacidad industrial de cada país. Los países bien industrializados se arman con facilidad. Si la Unión Soviética viene a estas alturas con proposiciones parciales de desarme, no hace más que contribuir a la confusión del proletariado en este punto. Así tiene el stalinismo la cuestión de la lucha contra la guerra, que hay que empezar por organizarla sobre la base de la crítica—de la negación—del Congreso de Amsterdam.

Resumamos esta digresión, quizá demasiado larga, sobre la política de la I. C., porque hay el peligro de que el lector pierda de vista el conjunto, y tome todo lo dicho como detalles y gana de enumerar los defectos del vecino, cuando se trata de ejemplos que ponemos para ilustrar la verdadera situación de la I. C. Estos ejemplos, lo repetimos, son más que suficientes para darnos idea de la naturaleza del stalinismo, pues con ellos queda la I. C. sometida a todas las experiencias posibles. La crisis de 1930 nos enseña que la liquidación en 1928 del *trotskismo*, o, lo que es lo mismo, el triunfo total del stalinismo, fué un golpe de muerte dado a la I. C. como fuerza directiva de la revolución proletaria mundial. El tamaño dominante de los partidos comunistas—salvo dos o tres excepciones—es la pequeñez con raquitismo; el cambio de régimen en España demuestra que el stalinismo es incapaz de crear un partido poderoso, existiendo excelentes condiciones para ello; la situación alemana demuestra que, aun existiendo un gran partido, con arraigo en las masas, y no teniendo en el movimiento obrero otro adversario que una socialdemocracia desacreditada por catorce años de política antiobrera, el stalinismo es incapaz de llevarla a la victoria. Si se tienen en cuenta los demás factores—crisis mundial, situación general de todos los partidos comunistas—, no creemos haber incurrido en exceso de generalización al hacer las afirmaciones que hacemos del stalinismo, apoyándonos en los ejemplos de Alemania y España. Otro hecho—el más importante tal vez—es que la I. C. es en todos los casos cogida de sorpresa por los acontecimientos, y que, aun cuando se demuestre la importancia de ellos, se mantiene en una obstinada indiferencia, rayana en el saboteo, que constantemente intenta disimular cargando las responsabilidades sobre las direcciones nacionales de espíritu claudicante del stalinismo ha adquirido últimamente una altura insospechada en la cuestión de la lucha contra la guerra.

* * *

Cuando empezaron las polémicas sobre si era posible edificar el socialismo en un país aislado, podía creerse que se trataba de una discusión en cierto modo ociosa, sin repercusiones políticas inmediatas. Sin embargo, si sólo se tratase de una polémica estrictamente especulativa, sería fácil de liquidar. Pretender el socialismo en el seno de unas fronteras nacionales es un contrasentido: la economía, rodeada de economías capitalistas, queda, por las mismas leyes del mercado mundial, sometida a las fluctuaciones del capitalismo; el Estado, por su parte, sufre una evolución contraria a la que la señala el marxismo, pues la existencia de un enemigo capitalista tan agresivo como es hoy, obliga a una superestatización. En realidad, la Rusia de hoy refleja esta situación, tanto la economía como el Estado, aunque no lo quiera la doctrina oficial.

Pero la teoría del socialismo en un solo país, que, más que errónea, es, como teoría, sencillamente necia, cobraba toda su importancia y sentido por lo que quería significar en la orientación política del comunismo. La teoría del socialismo en un solo país era la cobertura, más o menos chabacana, del abandono a la revolución proletaria mundial. Tal como la formulaban sus prohombres, parecía una panacea: no renunciamos a la revolución mundial; pero tampoco la necesitamos. Teoría más consoladora no cabe imaginarla. Pero al ser sometido el stalinismo a la primera gran prueba, el verdadero sentido de sus doctrinas y de su política se aclara en forma que no deja lugar a dudas. De todos modos, esta revelación temprana y evidente de su impotencia es lo mejor que podía pasar: toda la multitud de buenos revolucionarios que no encontraban sentido a nuestras divergencias sentirán ahora la necesidad de un cambio para colocarse en el verdadero terreno de la lucha por la revolución proletaria.

El mayor peligro que presenta la lucha contra el stalinismo es que la reacción contra él se convierta en un paso más dado por la

pendiente oportunista. En España—y no es el único país—ya se ha manifestado este fenómeno, que consiste en adular la miopía de los disidentes. Como, de una parte, se ve que las cosas van mal y, por otra parte, nadie se atreve a creer que la crisis proceda tan de la raíz del movimiento mismo, nace una corriente favorable a atribuirle las culpas al vecino más próximo (al C. E. del Partido correspondiente, por ejemplo), sin atreverse a plantear el problema en toda su extensión internacional. Cuando en el curso de la lucha misma los disidentes se desengañan y ven la raíz del mal, entonces pasan a la posición opuesta: rechazan toda fórmula de concordia y sólo piensan en atender lo mejor posible la localidad, rompiendo con el movimiento comunista internacional, o limitándose a cambiar con los grupos más próximos unas miradas y unas sonrisas que llamaremos dulzonas, pero que nada tienen que ver con el internacionalismo proletario, el cual supone una concepción internacional de la revolución proletaria y, consecuentemente, unidad y disciplina internacional en materia de organización. Esta evolución, más que ideológica, pasional, ha sido la del Bloque Obrero y Campesino—o de lo que sea eso que inspira políticamente Maurín. Esta posición, consciente o inconscientemente oportunista desde el principio, a pesar de que acaba no queriendo compromisos con el stalinismo en la escala nacional, es internacionalmente su cómplice. Una cosa semejante a lo que representa el maurinismo en España—el *bloquismo*, si se quiere llamarle así, porque son uña y carne—existe en varios países. Esta posición, en su fase más madura, consiste en decir que el stalinismo, aunque funesto en la I. C., tiene, sin embargo, razón en Rusia. El espíritu nacional, limitado con tal de tener las manos libres en su territorio, no tiene inconveniente en hacer cualquier clase de apologías.

La lucha contra el stalinismo, para ser completa y fecunda—y no un síntoma de descomposición y decadencia—, ha de ser rígida y honradamente internacional. La fracción, como la nuestra, que la lleva así, sin concesiones ni desfallecimientos ante el estado de ánimo que domine en un momento, tiene razón para llamarse vanguardia del proletariado. El stalinismo y oportunismo al estilo del Bloque Obrero y Campesino encuentra su mejor base en la tendencia natural a no querer ver los defectos de la causa por que se lucha y a transigir con ellos. El proclamarlos para corregirlos se cree que es darle armas al enemigo. ¡Tontería inmensa! Si los defectos existen, no hemos de vencer al adversario a fuerza de jugar al escondite y de hablar en voz baja, sino conociendo y superando los vicios. El proletariado no vencerá a la burguesía por lo que diga, sino por lo que haga.

¿Y qué perspectivas se presentan para vencer al stalinismo? No nos gusta profetizar en cuestiones que dependen de tantas cosas que toda profecía es arriesgada. Pero, con todo, hay que reconocer que el stalinismo ha llegado a un estado tal que puede prolongar mucho su existencia. Presionado por la situación general, el mismo tinglado burocrático que le sirve de apoyo se le agrieta constantemente. La caída del stalinismo por imposición del mismo partido y del proletariado sería la mejor solución. Conviene advertir que un tránsito pacífico de poderes en Rusia no sería la victoria inmediata de la Oposición de Izquierda, cuyos militantes están deportados y encarcelados y sus producciones literarias, prohibidas; de momento, subiría al Poder la Oposición de Derecha, que lleva una vida más legal. Pero esto traería a continuación la victoria de la Oposición de Izquierda, pues las mismas causas que provocasen la caída del stalinismo—el descontento de las masas—traerían consigo un aumento de las libertades y una mayor facilidad de actuación, que abrirían el camino a la Oposición de Izquierda.

El triunfo de la Oposición de Izquierda en Rusia supondría un mejoramiento sensible de las condiciones de vida del proletariado y de su situación política, restableciendo la democracia proletaria; la persecución del burocratismo como carga económica y como instrumento de obstrucción de la iniciativa del proletariado. En la I. C., para ponerla en marcha, habría que emprender una lucha semejante contra el burocratismo y por el restablecimiento de la democracia; acostumbrar a los partidos a que elaboren tanto su política nacional como la de la I. C. Para restablecer la personalidad de los partidos, la Oposición de Izquierda empezaría por suprimir las subvenciones. Aunque, en principio, parece estar bien que el primer Estado proletario preste ayuda económica a los partidos, esa ayuda se convierte en fondos de corrupción y hay que suprimirla. El punto de apoyo del stalinismo es la burocracia, y lo que hace un instrumento manejable son los sueldos. De ser otro el origen de los fondos, es seguro que la crisis comunista tomaría otra forma, y el monopolio que el Partido ruso ejerce en la I. C. hubiera encontrado una fuerte resistencia en las secciones nacionales. Para restablecer la personalidad política de las secciones nacionales hay que darle el control de su propia burocracia, empezando por suprimir las subvenciones.

Pero para conseguir estas reivindicaciones no se requiere como condición previa el triunfo de la Oposición de Izquierda en Rusia. El desarrollo que adquiere la Oposición de Izquierda internacionalmente es un factor decisivo para poner en pie el movimiento comunista. Interviniendo activamente en toda la política, haciendo lo que los partidos no hacen, las fracciones de Izquierda se convertirán en el verdadero guía, en un poderoso factor de cohesión del movimiento obrero, y, por tanto, del comunismo, para el derrocamiento del régimen capitalista.

L. Fersen.

En la reunión celebrada recientemente por el Comité Central de la Izquierda Comunista Española se ha designado el siguiente Comité Ejecutivo: Andrés Nin, secretario general; José Metge, N. Molins y Fábregas, L. Fersen y E. Goñi, secretario administrativo.

Las publicaciones de la Izquierda Comunista siguen en Madrid.

● ● ●

La gran abundancia de originales nos obliga a aplazar para el próximo número, entre otros artículos, uno sobre el Congreso de la U. G. T. A última hora hemos recibido un artículo del camarada Trotsky sobre la «sanjurjada» y la política del partido, cuya publicación aplazamos también para el próximo.

CARTAS DE LA UNION SOVIETICA

EN TORNO A LOS PROBLEMAS ECONOMICOS

Se ha apoderado de los obreros una gran laxitud, y cada vez es mayor su desconfianza hacia los alborotadores oficiales. En la fábrica de «La Hoz y el Martillo» se ha producido el hecho siguiente: se invitó a los obreros a trabajar dos horas extraordinarias para compensar un retraso. De 250 obreros ni uno se presentó. Esto sucedía en los días de más graves dificultades para el aprovisionamiento. El foso que separa a la masa obrera de la burocracia es muy profundo. Son dos mundos distintos. Su alejamiento mutuo crece automáticamente. Este alejamiento no solamente no nutre, sino que vicia la posibilidad que hay de llegar a entenderse sobre problemas políticos y económicos fundamentales. Todos sienten y comprenden que el restablecimiento del mercado libre significa un viraje de una importancia colosal en política y de graves consecuencias.

Pero no se ha dado ninguna explicación sería de este viraje. La explicación oficial viene a decir, poco más o menos: «La construcción socialista marchaba cada vez mejor hasta ahora. Y para que vaya aún mejor, es necesario establecer los mercados y, en general, el mercado libre.» ¿Pero quién dará crédito a una explicación de este género y la otorgará su confianza?

La especulación del rublo es bastante importante y se hace generalmente por intermedio de los especialistas extranjeros. A los recién llegados se les propone por todas partes rublos «a un precio ventajoso» de 8 a 10 rublos por dólar. Se dice que en algunos casos se ha pagado hasta 40 rublos por dólar. La inflación, todo género de unificación de precios, toda clase de transacciones, todo ello entraña, en estos últimos tiempos, una atmósfera de duplicidad, de desconfianzas, de falsedad, de contrabando y de desmoralización.

Paralelamente a estos hechos se encuentra a cada paso la adhesión absoluta de los obreros, jóvenes o viejos, que se entregan por entero a la tarea que constituye todo el sentido y todo el contenido de sus vidas. Los obreros calificados, especialmente los obreros comunistas, trabajan con gran frecuencia diez o doce horas diarias, esforzándose para corregir por sí mismos todas las deficiencias y conseguir los porcentajes fijados. El problema de la calidad de la producción, en relación con la fuerza muscular de los obreros, es el problema del trabajo calificado. La carencia de fuerzas técnicas necesarias, que es una de las desproporciones del Plan quinquenal, conduce a un descenso de la demanda, a la interrupción de los cursos técnicos, a la substitución de los obreros calificados por los obreros semicalificados, al nombramiento de ingenieros, rápidamente instruídos, para ocupar puestos de responsabilidad. En un momento dado todo esto tiene repercusiones de importancia en la producción.

Esto es lo que decía últimamente un miembro del Partido, antiguo comandante del Ejército rojo en la época de la guerra civil, que trabaja actualmente en uno de los *trusts* más importantes de Leningrado. Reproduzco sus palabras textualmente, aun cuando me parecen exageradas por el pesimismo: «Nuestra industria está en vísperas de una catástrofe. La producción se efectúa con enormes dificultades, que crecen de día en día, en vez de disminuir. Personalmente he visitado en estos últimos meses diecisiete fábricas, que representan una parte muy importante de nuestras inversiones, y se puede ver que ninguna de ellas está integrada en nuestro proceso de producción. La crisis del aprovisionamiento ha adquirido, a fines de la primavera y en los comienzos del verano, una gran gravedad. El director de una de estas fábricas, al ver que no podía mantener en ella la disciplina de trabajo indispensable, a causa de las difíciles condiciones de aprovisionamiento, creó todo un sistema de apropiación de productos alimenticios para sus obreros. Este sistema, que es completamente ilegal desde el principio hasta el fin, le ha permitido remediar el aprovisionamiento completamente insuficiente que le proporcionaban por «vía legal». Es evidente que hemos bordeado una catástrofe de la economía del Plan. Si las cosas continúan por este camino, entonces nos daremos cuenta que no queda nada del sistema del Plan.»

Este mismo dirigente económico, que tiene múltiples relaciones con las esferas dirigentes, decía: «La situación crítica de nuestros negocios repercuten, sin duda alguna, en el dominio político, aunque de una manera confusa. Yo soy un viejo miembro del Partido, y a pesar de todo debo reconocer que no me doy cuenta de adónde nos conduce la dirección del Partido, y tampoco estoy muy seguro de que ella misma lo sepa. En el Partido, por lo menos en sus capas superiores, hay varios centenares de miles de gentes que en estos momentos murmuran o dicen que Stalin es objeto de una crítica implacable por parte de los miembros del Comité Central. Se dice que es Molotov el que los dirige bajo cuerda. El sentimiento general es que a no ser por el peligro de una nueva escisión en la cumbre, Stalin habría sido ya arrojado por la borda. De todos modos, está completamente desacreditado en el seno del Comité Central, y el hecho de que cada uno hable de ello corrientemente (cada uno en su propio círculo) ha quebrantado seriamente, en el seno del Partido mismo, la autoridad de Stalin, creada artificialmente al principio.»

Al mismo tiempo, no se puede explicar más que vagamente, dentro de los límites del C. C., en qué se diferencia la orientación de Molotov de la política de Stalin, y cuáles son actualmente los agrupamientos en la cumbre del Partido.

OU-Y.

Moscú, a primeros de agosto de 1932.

II

Hacia las dos de la mañana comienzan las colas del pan. El que llega más tarde se vuelve con las manos vacías. La falta de aprovisionamiento adquiere a veces, según las regiones, un carácter extraño y doloroso. Los obreros de las fábricas de tractores de Stalingrado vivieron, durante cierto tiempo, únicamente de té y pan; algunas veces llegaron incluso a substituir el té por agua caliente, como en los años de 1920-1922. Durante ese tiempo los periódicos decían que los trenes partían cargados con muy pocos tractores y que era completamente inadmisible buscar la explicación en «causas objetivas». No es difícil figurarse cómo artículos de este género, escritos por gentes satisfechas de la vida, irritan a los obreros.

En cambio, las fábricas cambian continuamente sus nombres hono-

rificos: el número de fábricas que en todo el país llevan el nombre de Stalin, incluso de Kaganovitch y Molotov, es cada día mayor. Estos cambios se hacen obedeciendo a una orden, sin la menor participación de las masas. Entre los obreros circulan bromas mordaces sobre los cambios de los nombres burocráticos.

Los mercados, en los cuales la venta de los productos alimenticios se efectúa con precios libres, plantean con una gravedad insospechada el problema del presupuesto obrero. Los precios de las cooperativas se adaptan bien o mal a los salarios en plata. Pero los precios libres sobrepasan la capacidad adquisitiva de los obreros en cinco, siete y diez veces más, y algunas ocasiones lo superan. Si suponemos que el obrero está obligado durante el mes a completar sus provisiones en el mercado libre, adquiriendo tres libras de manteca, dos litros de leche y una cierta cantidad de legumbres, vemos que tiene que emplear para efectuar estas compras una tercera parte, si es que no la mitad, de su jornal. Para poner el salario nominal al nivel de las exigencias reales, que las cooperativas no pueden satisfacer, y a los precios reales corrientes en el mercado libre, sería preciso un aumento en los salarios por término medio en un 50 por 100, por lo menos. Es evidente que el gobierno no puede hacer estos millares de gastos suplementarios, lo cual quiere decir que los productos campesinos quedan inaccesibles para los obreros.

La exageración del impuesto en especie del año pasado, que condujo en Ucrania (también en Ural y Siberia) a una grave crisis de aprovisionamiento, y en muchos sitios a verdadera hambre, entrañaba medidas autodefensivas por parte de los campesinos, que destruyeron las cosechas. Los *koljós* se roban mutuamente el trigo. Los medios son muy variados: se cortan durante la noche las espigas que no han madurado, se trilla mal, se deja conscientemente una gran cantidad de grano en la paja y, por último, se esconde el trigo trillado. Los nuevos decretos que conceden a los campesinos la posibilidad de vender el grano excedente son estimulantes para acrecentar la cosecha.

En los mercados son los miembros de los *koljós* los que venden, y muy raramente los *koljós* mismos. Esto significa que no hay excedente en ellos. Por un medio o por otro, generalmente por caminos ilegales, los productos se encuentran en manos de los miembros del *koljó* individualmente, y son ellos los que comercian en el mercado.

Ahora que ha pasado la recolección, se hace lo mismo con la leche, las frutas o la carne. La venta legal del trigo comienza este invierno. Pero se prepara ya bajo la forma de una ampliación de la apropiación de los productos del *koljó* por los miembros de él, con la creación de reservas secretas y por un trabajo activo de los acaparadores, de los intermediarios, etc. No se pueden plantear estos fenómenos únicamente desde el punto de vista penal, dado su carácter de masa. De hecho estamos en presencia de una reacción económica contra la anterior colectivización excesiva. Al acaparar en sus manos la recolección del *koljó*, los miembros de él lo dividen y lo unen a la suma de sus economías individuales, conservando únicamente su forma.

SPECHNEY.

Moscú, 3 agosto 1932.

EN TORNO A LOS PROBLEMAS DEL PARTIDO

Sobre los problemas del Partido en la Unión Soviética poseemos varias cartas más que la falta de espacio nos impide publicar. A continuación insertamos un resumen de varias cartas de distintas partes de Rusia, que hemos estimado conveniente abreviar para evitar las repeticiones inútiles.

El abatimiento y la desorientación reinan entre los comunistas de la vieja generación. Entre éstos se conoce demasiado bien el pasado del Partido, y de ahí la poca autoridad que se concede a las altas esferas del mismo. Las altas esferas lo saben perfectamente, y por eso no permiten que «dos viejos» se ocupen desde demasiado cerca de los asuntos importantes. La mayoría de ellos, incluyendo a N. K. Krupskaya y M. I. Ulianova, desempeñan cargos más o menos honoríficos, pero que no tienen la menor influencia sobre la política del Partido. A esto hay que añadir una profunda disociación entre los viejos y los jóvenes. En 1923, «la vieja guardia leninista» declaró que no existía en el proletariado, y por tanto aún mucho menos entre los bolcheviques, el problema de las generaciones. En otros términos: el cambio de las condiciones históricas no puede ejercer ninguna influencia sobre la educación bolchevique. Hoy, esta teoría idealista y jactanciosa se contradice a cada paso. Difícilmente se puede concebir un desvío psicológico más profundo que el que separa la vieja generación, a aquellos que realizaron un trabajo ilegal o aun los que participaron solamente en la Revolución de Octubre, de los jóvenes, para los cuales la revolución es un acontecimiento lejano; personalmente han nacido bajo el nuevo régimen y consideran a Stalin o a Kaganovitch como jefes eminentes; otros se burlan de todos los dirigentes y al mismo tiempo de la política y de la teoría marxista.

Entre los jóvenes, aun contando a los buenos elementos, toma cuerpo el apoliticismo. ¡Cuántos de estos jóvenes, técnicos sinceros, abnegados, miembros del Partido o de la juventud comunista, se separan de la política, unos tomándola a broma, otros con frases coléricas! En realidad, este apoliticismo no es más que una oposición pasiva contra el régimen staliniano del Partido. Si se comporta uno seriamente con respecto a los problemas del Partido o de la política, es necesario polemizar, criticar, librar batallas, y esto significa perder la posibilidad de trabajar prácticamente en la construcción socialista. El apoliticismo completado con una «dealtad» formal es en su género un pasaporte de buenas intenciones, bajo el cual se esconde un descontento que no se expresa, pero que no por eso deja de ser profundo.

Al mismo tiempo hay entre los jóvenes un sector que adopta una actitud antisocial; a este grupo pertenecen los pequeños o grandes arrivistas, los aprovechados o simplemente esos tipos de un nuevo género cuyos intereses están satisfechos con el deporte, la radio, el *cine*, etcétera. Entre los viejos bolcheviques, por un lado, y sus hijos, por otro, hay con este motivo conflictos graves y agudos.

Entre los miembros más jóvenes del Partido, ya sean oposicionistas, simpatizantes o simplemente aquellos dotados de humor crítico, no es raro que las conversaciones giren en torno al hecho de saber por qué los «viejos» como Zinoviev, Kamenev, Preobrajensky, Smilga, Serebriakov, I. N. Smirnov, o, por otro lado, Rykov, Bujarin y Tomsky, se callan. Porque ellos no pueden dejar de ver adónde conduce el curso staliniano. Cualquiera que sea su tendencia política, no pueden hacerse ilusiones. Las opiniones individuales de estos «vie-

jos» pasan de boca en boca. ¿Son acaso exactas? En la mayoría de los casos son evidentemente inexactas. Pero el hecho mismo de la existencia de tales opiniones apócrifas, de aforismos o de apreciaciones, demuestra hasta qué punto la opinión pública del Partido espera y exige una dirección de los camaradas más viejos y más experimentados. El sector más consciente del Partido conoce la biografía política de estos camaradas y, por lo tanto, conoce también sus faltas. Pero yo creo, y conmigo muchos otros camaradas, que si uno cualquiera de estos capituladores interviniese con el fin de orientarles de una manera abierta y resuelta, se les perdonarían muchas de sus faltas. No es esto una cuestión de psicología, sino de instinto vital. Zinoviev, Kamenev y todos los demás representan de una manera u otra el capital del Partido. Sus errores no son debidos al «azar». Pero, por otra parte, el papel que desempeñaron bajo la dirección de Lenin tampoco lo es. La situación del Partido es tal que les obliga a despertar y decir abiertamente lo que piensan. Con ello rendirían un gran servicio al Partido.

¿Cómo se explica su silencio? ¿Es que sólo les posee el pánico por su suerte personal? ¿Pero es que puede uno representarse una situación más grave, más inmerecida que aquella en que el burocratismo staliniano ha colocado a muchos de los viejos dirigentes, teóricos, políticos, aunque bien es cierto que con la ayuda de las propias «víctimas»?

Al parecer, no tienen nada más que perder que las cadenas de su degradación y de su impotencia. ¿O es acaso que se han deshinchado pura y simplemente y ya no conservan nada en la conciencia? Esto es lo más probable. Por lo menos, en cuanto a saber lo que piensa Preobrajensky, los camaradas que lo conocen, o mejor dicho, aquellos que tienen relación con los que le observan, os responden sencillamente: «¿Preobrajensky? Bebe té con mermelada y toca la guitarra.»

El silencio y el aislamiento voluntario de Stalin adquieren cada vez un carácter más demostrativo. ¡Al fin y al cabo hay un límite para todo! Habiéndose quemado los dedos en toda una serie de grandes problemas, Stalin se ha hecho prudente. Lo cual se comprende fácilmente. Pero el jefe oficial del Partido no puede verdaderamente vivir años y años del interés de sus «seis condiciones». Su silencio en la XVII Conferencia del Partido, que se reunió en un momento histórico, lleno de responsabilidades, constituyó por sí mismo un escándalo. Pero es todavía muchísimo peor el silencio de Stalin sobre el viraje efectuado estos últimos meses en toda la política económica.

Todo el mundo siente que toda la serie de estos últimos decretos lanzados en una mezcolanza, que no concuerdan los unos con los otros y que no han sido explicados, no es más que una introducción a un viraje más decisivo. Todos se preguntan: ¿hacia la izquierda... o hacia dónde? Stalin se calla. Y es Kalinin el que da explicaciones teóricas sobre la cuestión del comercio libre.

Corren rumores según los cuales el silencio de Stalin no es solamente una medida de precaución: es en su género una demostración. Lenin, en su «testamento», habló de los «caprichos» de Stalin. Los viejos cuentan que Stalin, ya en la época de Lenin, cuando se sentía molesto, se escondía algunos días bien en su domicilio o bien en el campo, y rompía todas las relaciones verbales, epistolares o telefónicas con los organismos del Partido, e incluso con Lenin. Entonces entre los más íntimos se decía: «Ya le ha dado a Stalin.» Parece que en la actualidad se encuentra de un humor semejante, pero no como antes, de una manera privada, sino como si dijéramos ante el

panorama «histórico mundial». «Ya le ha dado» de nuevo a Stalin, pero no por unos días, sino por meses.

¿Espera por este medio hacer a los otros responsables, acusarles de haberle alejado de la dirección y haber creado con ello grandes acontecimientos? ¿Espera que el Partido le eleve de nuevo? ¿O es que no hay en su conducta ningún cálculo, sino simplemente un capricho de los nervios, debido a una de nuestras desproporciones políticas: la falta de coordinación entre las facultades intelectuales de Stalin y las exigencias que le rodean? Si se admite que Stalin se conduce así por cálculo, se tiene entonces la impresión de que la argucia, por esta vez, lleva consigo una argucia contra sí mismo. Es evidente que hay problemas que no pueden resolverse con argucias. En todo caso, la conclusión es que habiendo prohibido hablar a todo el mundo, salvo él, Stalin está convencido de que él no tiene nada absolutamente que decir.

Todos los esfuerzos del aparato están encaminados a que no sea posible ninguna generalización. Si los asuntos van ya demasiado mal, entonces se encuentra «un culpable» y se le aleja fracasado. Las causas de los errores y de los desastres vienen siempre de abajo; el aparato ha construído en lo que respecta a esta cuestión un mecanismo que funciona sin cesar.

Se han tomado medidas extraordinarias contra las críticas, de tal manera que en la mayoría de los casos no parecen responder a los episodios que las originaron. Pero la burocracia es inflexible en este particular. Se deja guiar por un instinto justo, que le dice que si en algún sitio se formula una crítica cualquiera sin que sea sancionada, ya no será posible detenerla. El miedo, lleno de suficiencia, hacia la Oposición de Izquierda es también un motivo de esta actitud. Toda opinión que tenga, aunque sea muy de lejos, un sentido oposicionista, da lugar a una investigación severa y desde luego a persecuciones. Es difícil darse cuenta hasta qué bajezas desciende la burocracia en su persecución contra la Oposición de Izquierda. Ya no se trata sólo de las medidas tomadas por la G. P. U., o de la represión en general, ni siquiera de las detenciones y los destierros, ni del despido del trabajo, de la persecución a los miembros de la familia, bien en línea ascendente o descendente... Se llega a más. Si se trata de un administrador o de un director de fábrica, o en general de un técnico económico, entonces se le acusa, ni más ni menos, que de malversaciones en la caja, de transacciones prohibidas por la ley o de haberse aprovechado de privilegios o prerrogativas. Si es un juez, se hace correr el rumor de que es un prevaricador. En cuanto a aquellos que se sospecha son oposicionistas, se les designan funciones tales en las que todo hombre se convierte en presa fácil. Este sistema, debido a la iniciativa personal de Stalin, se practica ahora en todos sus detalles por todos los organismos interesados: Comisión de control, G. P. U., etc.

No quiero citar ejemplos, porque podrían complicar aún más la situación de camaradas que sufren ya bastante sin esto. Pero son muchos los que han expresado el deseo de que este sistema crapuloso sea denunciado en la medida de lo posible en los órganos de la Oposición de Izquierda en todos los países.

Moscú, Leningrado, Jarkok, Tachkent, agosto de 1932.

Interesante

LA CRISIS DEL PARTIDO COMUNISTA

UN «VIRAJE» MAS... Y NINGUNA SOLUCION

A las pocas horas de haberse puesto a la venta nuestro pasado número, una resolución del Buró Político del Partido oficial venía a confirmar plenamente cuanto decíamos acerca de la crisis del Partido. Sin embargo, nosotros, que conocíamos perfectamente el alcance y desarrollo de la crisis, hacíamos en nuestro artículo todo género de salvedades. No estamos arrepentidos de ello, sino todo lo contrario. Hemos demostrado así nuestra honradez política, tan distinta de la stalinista, consistente en no hacer afirmaciones sin la plena seguridad de la comprobación de lo que decimos. Después de nuestro último número, las cosas han ido mucho más lejos de nuestras previsiones. Adame, Trilla, Bullejos y Vega han sido excluídos por el C. E. de la I. C. y por la Comisión Internacional de Control, acusados de «traidores a la revolución española, al Partido Comunista español y a la Internacional Comunista». Una prueba más del poco valor que internacionalmente concede el stalinismo a la palabra traidor.

Ante todo queremos hacer una aclaración previa. Nadie absolutamente, ni siquiera la burguesía, ha recibido agravios tan monstruosos del llamado ahora grupo sectario, como nosotros. No se ha reparado por ellos en colmarnos de los más repugnantes insultos, llegando incluso en su ferocidad a calificar de confidentes policíacos a queridos camaradas nuestros. Pero nosotros jamás hemos actuado por móviles de carácter personal; atacábamos una política (la stalinista) y defendíamos otra: la de la Oposición Internacional. A pesar de que nadie como nosotros ha combatido los errores del «grupo sectario» (llamémosle así, puesto que está de moda, aunque en puridad el calificativo le corresponde por méritos propios al C. E. de la I. C.), no podemos aceptar el método imperante en el stalinismo de aplicar la palabra traidor con una insensatez despreciable. Trilla-Bullejos son víctimas ahora de los mismos métodos que durante su omnipotente dominación llevaron a cabo, como servidores leales del stalinismo. Pero lo mismo que en el pasado nos alzábamos una y otra vez contra semejantes procedimientos puestos en práctica por el *grupo sectario*, en el presente protestamos igualmente contra ese empleo, que llamaremos ligereza, para no calificarla de otra manera, de la palabra traidor. Y lo hacemos en estos momentos en que Trilla, Bullejos, Adame y Vega son verdaderos cadáveres políticos. Pero es repugnante el espectáculo actual de ver cómo los que sólo hace un mes, ante nuestras críticas políticas, elevaban a Bullejos a la categoría de Lenin español, hoy se ensañan con él y llegan incluso a calificarle de confidente y traidor. El stalinismo ha rebajado hasta la podredumbre el nivel moral del movimiento obrero. No estaría de más un poco de consideración hacia aquellos que, al fin y al cabo, han pasado años de prisión y se han expuesto a la muerte por defender los intereses del *grupo sectario de la I. C.*

Es imposible hallar una resolución de menos contenido político que la aprobada por el Buró Político, unánimemente, claro está, en

su reunión del 5 y del 6 de octubre. Falta en absoluto la estructuración de las bases políticas de los errores del equipo destituído. A través de la resolución sólo se ve el propósito de un desencadenamiento de responsabilidades sobre el *grupo sectario*; pero brilla por su ausencia la exposición sistemática de los errores y su natural conclusión: la política a desarrollar en el futuro. A fuerza de galicismos desaparece el contenido político para quedar en una mera resolución de acusaciones personales. Es que, en realidad, los errores del *grupo sectario* no son suyos: son del C. E. de la I. C., que en este momento, y como en otros países, tratan de eludir su grave responsabilidad política, sacrificando al *grupo sectario*, que durante mucho tiempo le ha servido fielmente.

En el editorial publicado en *Frente Rojo* del 22 de octubre, dando entrada a la resolución del Buró Político, se dice: «No se trata, como en otros casos, de esta o aquella desviación concreta de un compañero determinado en algún problema aislado; no es cuestión de uno o varios errores o de deformaciones ideológicas o políticas verificadas dentro de la línea general de la I. C. No. Estamos en presencia de un grupo sectario que opone al Partido no sus errores parciales, sino su sistema político opuesto. Frente a cada cuestión de la realidad española, frente a cada problema de la revolución, el grupo sectario ofrece concepciones discordantes y opuestas a las de la I. C. y el Partido. Es esto lo esencial en nuestras discusiones con el grupo. Se ha llegado a tal extremo, que no cabe preguntar: ¿dónde hay desacuerdo?, sino, ¿dónde está, si acaso lo hay, un acuerdo entre el grupo y la línea del Partido?» Es decir, que, según la I. C., nunca, ni siquiera antes del 14 de abril, ha habido acuerdo entre la política que propugnaba el Ejecutivo de Moscú y la que llevaba a cabo el Ejecutivo de Madrid. Leyendo cosas semejantes, cabe preguntarse: ¿cómo entonces se ha podido dejar al *grupo sectario* durante tanto tiempo al frente del Partido, cuando su destitución era tan fácil por simples medidas burocráticas, como se ha hecho ahora?

Los stalinistas de Moscú demuestran ser muy deliberadamente frágiles de memoria. Cuando nos dicen esto olvidan sus declaraciones. En el mes de mayo, la revista teórica (?) del Partido español publicaba una resolución del C. E. en la que respecto a la dirección del Partido ahora declarada cesante decía: «Esta dirección, que ha dado ya numerosas pruebas de heroísmo en la lucha revolucionaria, tiene nuestra confianza, y si nosotros la hemos criticado en cierto modo, ha sido sólo con el fin de ayudarle a llevar adelante la revolución española hasta la victoria final.» Y de poco tiempo antes es otra resolución del Ejecutivo de la I. C. en la que, frente a Maurín, se expresaba en la siguiente forma con respecto a la dirección del grupo Bullejos: «El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista aprueba sin reservas la política seguida por la dirección del Partido Comunista de España.» Acotaciones semejantes podríamos hacer de otras muchas más resoluciones publicadas en los últimos meses por la I. C., aludiendo a la dirección del Partido español.

Es evidente, pues, para todo militante que si el grupo Trilla-Bullejos ha seguido desde los cargos responsables de la dirección del Partido una política nefasta, ha sido porque esta política les ha sido dictada por la propia I. C. No vale que ahora el C. E. de la Internacional quiera nuevamente hacer víctimas de sus desaciertos a su último equipo de empleados fieles. La experiencia de los últimos años nos demuestra cómo jamás se han equivocado oficialmente Stalin, Manuilsky y consortes. Los funcionarios dirigentes han sido siempre las víctimas de los errores del C. E. de la I. C. Así Stalin y sus cría-

dos logran salvar su prestigio de jefes, ahogando en improperios a sus fieles servidores de la víspera. El ejemplo se ha repetido sucesivamente en todos los países. Para muy en breve, el destino en forma de stalinismo nos reserva una nueva sorpresa: la decapitación de Thaelmann. De esta manera Stalin creerá hallarse libre de responsabilidades en los errores cometidos en Alemania. Pero ¿y el Congreso de Sevilla? Este fué preparado y cocinado por los delegados de la I. C. A pesar de ello, no se dió libertad a la base del Partido para discutir la «carta abierta», y al que lo osaba se le amenazaba inmediatamente con la expulsión. Se permitió que el *grupo sectario* dirigiera dictatorialmente todos los debates. Se sancionó y aprobó toda su gestión sin que los actuales componentes del Buró Político se atrevieran a alzar la voz.. Es que todavía no había llegado el momento de liquidar al grupo Bullejos-Trilla. Aun no se habían encontrado los nuevos elementos domesticados.

En la resolución del Buró Político, un párrafo se destaca sobre todos los demás por su gravedad política: «Esas diferencias (se refiere a las que dice haber entre el C. E. de la I. C. y el *grupo sectario*) existían ya antes del 14 de abril; pero la revolución, impulsando formidablemente la vida política de las masas y planteando los problemas con gran relieve y violencia, ha hecho mucho más sensibles las diferencias políticas y de principio que separan al grupo sectario de las concepciones de la I. C.» Se comprenderá por todos la inmensa importancia política de semejante declaración. Porque esto, concretamente, equivale a reconocer que conscientemente se ha dejado al frente del Partido a un equipo dirigente que conducía directamente a la sima las perspectivas de la revolución española. Las circunstancias históricas no vuelven a repetirse. Si se deja pasar una situación profundamente revolucionaria, el retraso en el desarrollo del Partido puede cifrarse en un buen número de años, o puede dar lugar a que el fascismo arrebate el poder y someta a la clase trabajadora a la más feroz represión. No vale escamotear los hechos y eludir un análisis retrospectivo de lo perdido. Manuilsky lo ha dicho: «Se ha perdido un Partido... y quizá una revolución.»

A fuerza de querer ser habilidosa, la resolución peca profundamente de vaga, y dando tumbos desde el oportunismo de derecha al ultraizquierdismo—característica esencial del stalinismo—, cae en graves errores tácticos. Se dice, por ejemplo, que uno de los errores mayores del *grupo sectario* ha sido el estimar que «la contrarrevolución es meramente Sanjurjo, eliminando al Gobierno Azaña como figura central». Planteada así la cuestión, es evidente que se conduce a la clase obrera insensiblemente a subestimar el papel contrarrevolucionario de Sanjurjo. Si las consignas revolucionarias no son claras se corre el peligro de inducir en error a los militantes. Lo justo sería decir: la lucha de las masas obreras y campesinas debe dirigirse igualmente contra las formas de contrarrevolución monárquica como contra las formas de contrarrevolución republicana. Es decir, que la contrarrevolución no puede ser vencida de una manera resuelta, si no se derrota al Gobierno republicanosocialista al propio tiempo. Pero en el espíritu de la resolución lo que se deja entender es que el *grupo sectario* no ha calificado suficientemente de fascista al Gobierno Azaña-Caballero. Si en el Gobierno están los socialfascistas, pues este Gobierno es fascista. Así, con esta facilidad, discurren los stalinistas.

Por la resolución, nos enteramos de que el *grupo sectario* invitó a la clase trabajadora el 10 de agosto a «la defensa de la República». Se recordará que fué la acusación que se lanzó por dichos elementos contra la Izquierda Comunista Española, que claramente, y

sin lugar a equívocos, había fijado su posición. La resolución señala acertadamente el error cometido principalmente en Sevilla al no intentar profundizar la revolución mediante los Consejos de obreros y campesinos. Pero olvida que era natural que así sucediera, después de la aplicación de la estrategia stalinista. Se había hecho tan extremada demagogia anteriormente en torno a la formación de Soviets, que cuando llegó la posibilidad de crear éstos, se dejó pasar la ocasión. Y es que la forma en que se ha hecho la propaganda ha hecho creer a muchos que es sólo una frase para la agitación, y no instrumento de lucha que hay que esforzarse por plasmar en la realidad cuando llega el momento.

El aislamiento en que se encuentra actualmente el Partido en relación con las masas obreras españolas ha sido principalmente originado por sus equivocaciones y táctica escisionista en el terreno sindical. No hay manera seria de abordar la crisis que atraviesa el comunismo en España sin plantear de una manera franca y resuelta el problema sindical. Sin embargo, el que busque cuál es el criterio de la nueva dirección sobre la táctica sindical futura quedará defraudado. ¿Se persiste en la apenas nacida ya muerta Confederación del Trabajo Unitaria? ¿Se insistirá en el futuro en provocar nuevas escisiones sindicales bajo el manto de la «unidad»? A nada de esto contesta la resolución. Se limita a hablar genéricamente de los errores sindicales cometidos, sin señalar cuáles han sido ni establecer la política a seguir en el porvenir. El peso de toda una serie de faltas en el dominio sindical han encanijado al Partido y paralizado su desarrollo. El hecho de silenciar estos casos, mejor dicho, de no explicar la política del porvenir, hace esperar que se reincidirá en los mismos defectos. Otro aspecto más «olvidado» en la resolución: el frente único. Y es bien patente que los errores estratégicos cometidos en esta cuestión han contribuído también poderosamente a aislar al Partido de importantes movimientos revolucionarios.

Reiteradamente, los hechos han venido a dar la razón a la Izquierda Comunista. Las críticas que nosotros hemos formulado han sido reconocidas justas (claro está que sin decirlo); pero, desgraciadamente, después de que su aplicación ha ocasionado graves desastres. Todo aquel que a través de los dieciocho meses de publicación de COMUNISMO haya seguido atentamente cuanto la Oposición ha manifestado en relación con la política del Partido reconocerá que, al final, en diversas ocasiones, se ha venido a darnos la razón. Ahora, por ejemplo, nos encontramos con que el C. E. de la I. C. se levanta contra la calificación de «puchst» del movimiento insurreccional del Llobregat. Oportunamente, no ahora, a manera de análisis retrospectivo, hizo la Izquierda Comunista oportuna crítica del movimiento. A pesar de que nuestra política se ha visto confirmada en la realidad de los hechos, en lo que se refiere al *trotskismo* sólo hay una consigna: guerra a muerte contra él.

Bajo los efectos de la crítica de la Oposición, el Buró Político se cree obligado en su resolución a echar la responsabilidad de la falta de democracia interna al grupo dirigente destituído. Salta a la vista la falsedad de semejante afirmación. Si fuera cierto que esta dirección había sido por sí la única responsable del estrangulamiento de toda exteriorización de la democracia interna, no cabe duda que en el resto de los partidos, donde no existe *grupo sectario*, y en la propia Internacional, estaría en vigor este sistema. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Y es el que la supresión de toda discusión de los problemas es la razón de ser del stalinismo y su método más querido. Pero, al mismo tiempo, los stalinistas saben bien que el

malestar de la base de los partidos se manifiesta por un anhelo de democracia interna que permita a los militantes intervenir directamente en la elaboración de las resoluciones y en la crítica de los errores de aplicación. Por eso recurre de vez en cuando a esas declaraciones demagógicas sobre la democracia, para intentar con ello paralizar el descontento de los militantes.

Ciertamente, algo logra. El militante de buena fe, en el que se alimenta constantemente el simplismo más químicamente puro, se da en seguida por satisfecho. Si llega el momento de encontrarse con algún militante de la Oposición no oculta su ingenuidad: «¡Ya está todo resuelto! ¡Todos podéis ingresar en el Partido, porque comienza un período de verdadera democracia!» Claro que el mismo entusiasmo que pone primero para hacer estas manifestaciones lo aplica después para justificar que «la Internacional tiene razón para no admitir en sus filas a los trotskistas contrarrevolucionarios». Es ya demasiada farsa todo esto para que podamos creer ni una sola palabra del stalinismo. La liquidación del *grupo sectario* surge ya con un vicio de origen *antidemocrático* para que creamos lo más mínimo en su sinceridad. No se ha producido por una crítica en el Partido, por una constatación de los diversos criterios. Se impone la eliminación de Bullejos, Trilla, Adame y Vega de una manera burocrática, mediante simples medidas administrativas. Que no se nos alegue, para tratar de despistarnos, que las resoluciones han sido adoptadas unánimemente por el Buró Político del Partido español. Conocemos la consistencia y la firmeza política de estos elementos. Los mismos que se deshacían en ditirambos hacia el *grupo sectario* cuando éste era todopoderoso, rivalizan hoy en ser los de más imaginación en la invención de insultos y calificativos contra ellos.

Tenemos ya suficiente experiencia sobre los métodos del stalinismo para que nos inspire la menor confianza el llamado *viraje* que se ha impuesto al Partido español. Se hace una farsa de arrepentimiento para encubrir la misma política, liquidar un equipo gastado e incurrir en los mismos errores. De nada servirá remozar la fachada del Partido español; es el edificio internacional del stalinismo el que se viene a tierra, y se ha demostrado como insensible para la causa de la revolución mundial. Estas maniobras periódicas para calmar el descontento de la base han caído ya en el más espantoso descrédito. Pero al stalinismo hay que ponerle ante los hechos concretos para que se demuestre toda la falsedad de sus palabras.

No hay, no puede haber verdadero *viraje* si no se comienza por establecer la unidad comunista, y no hay verdadera unidad si no se comienza por dar el reingreso a todos los excluídos por delitos de opinión, es decir, a los que formamos en la Izquierda Comunista.

EMILIO RUIZ.

CARTA AL PARTIDO

Al Comité Central del Partido Comunista de España.—Madrid.

Camaradas:

Con la caída del anterior C. E., acusado oficialmente de las gravísimas faltas que nosotros veníamos denunciando en la actividad del Partido—sectarismo, falta absoluta de democracia interior, irresponsabilidad e incomprensión ante la situación revolucionaria—, se anuncia un «viraje» general en la política de nuestro Partido, con el cual se espera que quedará limpio de los defectos que lo condenaban a la impotencia. Nosotros, los defensores más sinceros del Partido, que hemos señalado los defectos que ahora se condenan cuando el Partido no quería verlos y los aplaudía, hemos de ser, naturalmente, los primeros en felicitarnos de este intento de renovación, que viene a ser una confirmación plena de nuestra crítica. Pero no podría hablarse de un «viraje» radical y completo si siguierais manteniendo al margen del Partido a quienes desde el primer momento vieron con toda exactitud unos defectos y señalaron unos errores que tarde o temprano hubo de reconocer. (Imaginaros lo que sería ahora el Partido de haber aceptado a tiempo la política aconsejada por nosotros.) De esta misma manera piensa también la mayoría de los afiliados del Partido, y, en consecuencia, se crea una poderosa corriente en favor de la unidad de las filas comunistas, por lo cual tanto hemos luchado y seguiremos luchando. La mayoría de los militantes piensan, con razón: «Si los defectos que ahora se reconocen han sido señalados desde el primer instante por la Izquierda Comunista; si, además, la Izquierda Comunista es decididamente partidaria de la unidad, ¿cómo se le puede rechazar cuando se anuncia un «viraje» que viene a demostrar que tienen razón? Si ese «viraje» es sincero, ¿quién con más títulos que la Izquierda Comunista para contribuir a la corrección de los errores y saneamiento del Partido? La situación es tal—y así empiezan a comprenderlo la mayoría de los militantes—que de mantener nuestra exclusión hay que dudar de la sinceridad del «viraje» que se anuncia.

Ya sabéis que para convertir el Partido en lo que debe ser, la vanguardia indiscutible del proletariado, creemos indispensable un Congreso de unificación, donde se corrijan los errores, se elabore una política por medio de una intensa labor colectiva y salga de allí el Partido Comunista unificado y organizado democráticamente que necesita el proletariado. Como estamos tan firmemente decididos a conseguir este objetivo, no regatearemos sacrificios y daremos todos los pasos que puedan significar un avance en tal sentido. Nosotros estamos dispuestos a aceptar el ingreso en bloque en el Partido (prometiendo y exigiendo el respeto más estricto de los acuerdos de la mayoría), aunque ello de por sí no resuelva plenamente la crisis del Partido. Pero sería éste un paso muy importante para ir al Congreso de unificación.

De antemano rechazamos—por si se os ocurriera esa respuesta—el método de los reingresos individuales, con exclusión de determinadas personas. Solicitamos el ingreso en bloque, como paso hacia el Congreso de unificación. El recurso de los ingresos individuales no podemos aceptarlo. La Izquierda Comunista, que ha demostrado tener razón en todas las cuestiones fundamentales, reclama un derecho a defender en el interior de su propio Partido sus justas concepciones. Pero no puede entrar en desbandada. Por lo tanto, las gestiones para nuestro reingreso—de cuya sinceridad no podréis dudar—han de llevarse oficialmente, de organización a organización.

En espera de vuestra respuesta, recibid, camaradas, nuestros sinceros saludos comunistas.

Por el C. E. de la Izquierda Comunista Española,

EL SECRETARIO GENERAL.

RESOLUCION DE LA IZQUIERDA COMUNISTA

Públicamente se vuelve a reconocer la existencia de una nueva crisis en el Partido Comunista de España, con la expulsión del Partido y de la I. C. del C. E., supuesto culpable de la crisis. La Izquierda Comunista, ante este hecho, que no tiende a corregir sinceramente la crisis del Partido, sino a prolongarla, sembrando la confusión y haciendo concebir vanas esperanzas, se ve en la necesidad de pronunciarse sobre ella, señalando las verdaderas causas de la crisis—único modo de encontrar la solución completa—y restableciendo la verdad.

Con la actual son tres las crisis que la I. C. ha señalado oficialmente en el tiempo que llevamos de República. La primera se proclamó en agosto del pasado año, en una carta circular que señalaba los errores en la interpretación de la «línea general» de la I. C., y obligaba a la dirección del Partido español a reconocer sus faltas e inaugurar una nueva política más en consonancia—según se decía—con la «línea general». La segunda crisis se denunció en abril último, en víspera del IV Congreso del Partido, en una «carta abierta» que adquirió celebridad por la difusión que le ha dado la Prensa burguesa. Aquella carta, que más que crítica de errores era un certificado de nulidad contra la dirección del Partido, pues lo acusaba de no haber hecho nada bien, debía servir de base para que el Partido saliera completamente depurado y «reconstruído» del IV Congreso, celebrado en Sevilla. Ultimamente—y es la tercera vez—, la I. C. vuelve a informarnos de que la crisis persiste, destituyendo al C. E. y expulsando a sus componentes de la Internacional. De nuevo se le vuelve a indicar al Partido que por haber sido hallada la verdadera raíz del mal, los vicios y defectos precedentes quedarían para siempre superados. Es de notar—y ello da idea de la ingenuidad política del Partido y hace posible el que se puedan repetir con éxito tan burdos recursos—que en las diversas crisis el Partido ha estado ausente. Se limitó a registrarlas cuando la Internacional las ha señalado, y a creer, cuando se lo indicaban, que las cosas irían bien. El conformismo político y la obediencia automática se han impuesto siempre a la crítica revolucionaria.

En realidad, las causas de la crisis son otras que las que se han señalado siempre. Por eso es natural también que cada vez se finja descubrir la crisis como agravada y se tomen mayores sanciones para que no se le pueda atribuir la responsabilidad a la dirección de la I. C., verdadera causa de los errores de las secciones nacionales.

La situación del Partido español no ha sido en ningún instante ignorada por la I. C., pues durante el período republicano siempre ha estado algún delegado de la Internacional al lado de la dirección. Aparte de esto, es un hecho comprobable por cualquiera que la política del Partido español coincide en todo momento con la dictada por la I. C. Para demostrarlo vamos a señalar brevemente los hechos más importantes de la actuación del Partido.

Es un hecho reconocido que la actuación del Partido fué nula en el período prerrepublicano, a pesar de que con una táctica más en consonancia con el proceso el Partido pudiera haber conquistado importantes posiciones. Pero toda la política de la I. C., en perfecta conformidad con el C. E. destituído, descansaba sobre el error de que la dictadura de Primo de Rivera constituía un régimen fascista que, a su vez, sólo podía ser derribado por la insurrección obrera y campesina. Cuando se vió que la realidad no se ajustaba a este esquema, en lugar de reconocer el error se declaró que el esquema seguía siendo válido, porque «no había pasado nada». Durante el período de Berenguer, la I. C. siguió sin concederle importancia a los acontecimientos de España y proclamando que la monarquía sólo podía ser derribada por la insurrección obrera y campesina. De este modo el Partido se colocó al margen de los acontecimientos. Cuando advino la República, sin ajustarse tampoco al esquema, la I. C., a modo de explicación, volvió a decir que «no había pasado nada», que la revolución sólo podía hacerla la insurrección obrera y campesina, y, consecuentemente, se lanzó a un lenguaje insurreccional, que sin admitir ninguna fase preparatoria reclamaba: «¡Todo el poder para los soviets!» Y entonces sí que fué cuando, efectivamente, no pasó nada. Porque no existían los soviets.

La Oposición de Izquierda Internacional hubo de luchar, primero, para atraer la atención de la I. C. hacia España, y después, en el período republicano, para justificar las consignas democráticas. Sólo después de haber vivido la experiencia democrática y haberse convencido de su carácter podría llegar el proletariado á la conclusión de que no hay más salida que la revolución proletaria. La agrupación del proletariado debía hacerse con consignas democráticas; un lenguaje insurreccional, sin existir las condiciones previas para él, no tenía sentido. En esta posición, que la Izquierda Comunista mantuvo al principio de la República, encontraba el Comunismo oficial la prueba de su mentalidad parlamentaria y menchevista.

El régimen interior del Partido no era tampoco desconocido de la I. C. Además de nuestras críticas, el primer conflicto interior que se le presentó al Partido giraba única y exclusivamente en torno a la cuestión del régimen interior de la sección española sin tener otro contenido programático. La Federación Catalana y la disuelta Agrupación Autónoma de Madrid aceptaban incondicionalmente toda la política de la I. C. y sólo reclamaban democracia en la sección española. La I. C., de pleno acuerdo con el C. E. del Partido, excluyó ambas organizaciones. Así la I. C. perdió de golpe toda su influencia en Cataluña, provocando, además, una corriente de oposición que se ha desarrollado hasta el punto de ser la única fuerza comunista de cierta importancia en Cataluña—con grave perjuicio para la causa comunista, por el abyecto oportunismo que ha llegado a dominarla.

Los actos más funestos—porque lo han hecho odioso y divorciado de grandes masas—los ha cometido el Partido en la cuestión sindical. Pero no puede decirse que él sea el auténtico responsable: su política sindical ha estado en todo momento dictada por la I. C. El Comité de Reconstrucción de la C. N. T., creado en junio de 1930 con el fin de dividir una organización que ya llevaba varios meses reconstruída, ha sido aprobado oficialmente por la I. S. R., para desmentir a la Federación Catalana, que después de haberlo aplaudido también lo combatía considerándolo como un engaño que el Partido español hacía a la Internacional.

Estos hechos, que están en la memoria de la mayoría de los miembros del Partido, dan idea justa de cuáles son las causas de la crisis de la sección española. La política del Partido español ha estado siempre dictada por la I. C. Pero ésta, cuando creyó oportuno evadirse de la responsabilidad, cargó sus propias culpas a la dirección nacional. En la circular de agosto de 1931 (primer viraje), apoderándose de la letra, pero no del espíritu, de la crítica hecha por la Izquierda Comunista, acusaba al Partido de haber sido sorprendido por los acontecimientos, de no haber comprendido la importancia de las consignas democráticas, de no haber sabido orientar su

política hacia el frente único y la unidad sindical. Como el cambio no era más que de palabras, el Comité de Reconstrucción, sin dejar de ser hijo de un acto de división, pasaba a convertirse en Comité de Unidad Sindical.

El anuncio de un cambio de política despertó en el Partido las naturales ilusiones. Pero en la práctica sólo se vió un abandono del lenguaje insurreccional y una orientación verbal hacia el frente único utilizado como medio para seguir dividiendo el movimiento obrero. Así como so pretexto de reconstruir una central sindical se había cometido un acto de escisión, después se hacía lo mismo en nombre de la unidad de acción del proletariado. La injuria y el insulto soez («anarcotraidores», «anarcoasesinos») que se venían utilizando en lugar de la crítica revolucionaria, dejó el paso a las proposiciones de frente único. Empezaron las proposiciones de frente único a todo el mundo, menos a la Izquierda Comunista, que se sabía que aceptaba. El objeto de estas proposiciones era que no fueren aceptadas, con objeto de poder emprender actos de división, acusando a los demás de enemigos de la unidad. A consecuencia de esta política, falta en absoluto de seriedad revolucionaria, el Partido sigue llevando una vida lánguida.

En víspera del IV Congreso aparece la famosa «carta abierta» de la I. C., que acentúa la crítica de la dirección del Partido, tanto por la política sindical como por la política general, como el régimen interior de la organización, donde denuncia la ausencia de democracia. Según la «carta abierta», el Partido no había hecho nada bien. Una crítica tan severa hace concebir de nuevo la esperanza de que la crisis al fin se resolvería. Pero del IV Congreso sale confirmado el mismo C. E., después de haber «reconocido sus errores». Sin embargo, de ser sinceras las críticas de la «carta abierta», de nada debiera servir el reconocimiento de los errores, pues un C. E. que no ha sabido cumplir en ningún aspecto con su deber demuestra una inaptitud tal que se impone el relevarlo. Ello demuestra que «carta» y Congreso eran una farsa.

Después del IV Congreso los errores han seguido siendo los mismos. Por orden de la I. C. se ha celebrado recientemente el Congreso de Unidad Sindical, al cual ha asistido una minoría ínfima del proletariado, y que sólo ha tenido por objeto crear una nueva central, dividiendo más el movimiento proletario. Esto, por otra parte, se corresponde con la política sindical de la C. E. en todos los países.

No se puede desligar la política del Partido español de la I. C. Al prestarse a esta especulación de una burocracia que quiera mantener su prestigio, el Partido se condena a la impotencia. La destitución del C. E., que señala el tercer viraje, tiende a crear nuevas ilusiones, pero no resolverá más que los dos anteriores. La crisis sólo podrá ser resuelta cuando el Partido recobre el dominio de sí mismo, trace su política democráticamente y gobierne sus destinos. No se puede decir que la crisis se resuelve si sigue excluída del Partido la fracción que viene luchando tenazmente por un sano régimen interior contra el escisionismo sindical y contra la charlatanería vacua en política general. La incorporación de la Izquierda Comunista al trabajo del Partido será la señal segura y la garantía de un viraje completo, del cual saldrá el Partido, no reconstruído, sino unificado sobre firmes bases democráticas. Los que sinceramente desean la solución no tienen más camino que la lucha por el reingreso en él de la Izquierda Comunista.

El Comité Ejecutivo de la Izquierda
Comunista Española.

El Congreso del Partido Socialista

Hasta para el más lego es evidente que nada hay tan alejado del verdadero marxismo como las generalizaciones de tópicos aplicadas a cuestiones políticas concretas. Substituir por frases fuertes y estereotipadas el análisis teórico de los problemas, es colocarse de espaldas a todas las enseñanzas del marxismo. Por la Prensa del Partido y del Bloque se nos ha presentado el Congreso Nacional Socialista como una pugna entre dos tendencias: la derecha reformista y la izquierda demagógica. Nada más alejado de la realidad que esta caracterización de las discusiones habidas en el Congreso. ¿Dónde están las cuestiones en que la izquierda haya demostrado, aunque nada más que verbalmente, su demagogia de izquierda? No se nos podrá señalar. El acuerdo ha sido perfecto sobre todas las cuestiones políticas fundamentales: colaboración ministerial, aprobación de los aumentos del presupuesto de Guerra, apoyo al Gobierno, desarme de la Guardia civil, etc., etc.

Efectivamente, en el seno de los partidos socialistas existe en todos los países una izquierda demagógica, encargada de canalizar y encadenar de nuevo al carro de la socialdemocracia a los obreros descontentos por las traiciones de los jefes. Para que la formación de esta seudoizquierda sea un hecho se precisa ante todo que comience a operarse en el seno del partido una radicalización de la base obrera del mismo. Y para llegar a esto es preciso que el Partido revolucionario del proletariado, el Partido Comunista, sea capaz de intensificar con su acción el proceso de separación de las masas obreras y de sus jefes socialtraidores. Sólo a través de una actuación acertada del Partido Comunista se puede ayudar ideológica y prácticamente a los trabajadores influenciados por el reformismo a comprender el papel de freno de la revolución que representan sus jefes. Debido a que nuestro Partido, durante todo el desarrollo de las etapas de la revolución, ha demostrado su ineptitud en este terreno como en otros muchos, hay que reconocer, aunque ello nos duela mucho, que la radicalización de las masas obreras socialistas no se ha operado al ritmo que era de esperar, dado el volumen de las traiciones cometidas desde el 14 de abril. Igualmente a esto se debe que todavía no se haya creído obligada a representar su papel histórico de contención de la emigración de los obreros socialdemócratas al campo del comunismo una *izquierda* demagógica socialista.

Señalábamos en nuestro pasado número cómo interpretábamos nosotros la significación de los dos sectores que, si no de una manera muy pública, sí internamente en forma aguda, se disputaban la hegemonía en la dirección del partido. Las sesiones posteriores del Congreso confirmaron que las discrepancias no se exteriorizaban en torno a problemas políticos concretos. En todas las sesiones no se ha traslucido una diferencia, no ya esencial, sino secundaria, en los puntos de vista sostenidos. Todo el interés interno estribaba en la elección de nueva Comisión Ejecutiva, las candidaturas para la cual tampoco obedecían a plataformas definidas. Los elementos fieles al tradicional pablismo fueron los derrotados en este Congreso, lo mismo que en el de la Unión General de Trabajadores fueron los

vencedores. A las agrupaciones socialistas se han incorporado en provincias algunos elementos intelectuales y muchos pequeñoburgueses, que llevan al seno del partido únicamente su ambición política. Nada les importa la forma tradicional de la disciplina y actuación pablista. Es un impedimento para su libertad de movimientos. Por eso estos elementos, que son un contingente grande en el partido, dieron el triunfo al grupo de Besteiro.

Cerca de dos años de actuación ministerial del socialismo han servido para que éste adquiriese serios compromisos con la burguesía, contribuyendo a la obra de su consolidación a costa de los intereses materiales y políticos de la clase obrera. El Congreso tenía por finalidad esencial refrendar y sancionar el proceso contrarrevolucionario del Partido. La burguesía española republicana, que durante ciertas etapas de la revolución se sentía debilitada por el empuje revolucionario de los obreros y campesinos, no hubiera podido llevar a cabo su política de liquidación de las conquistas democráticas obtenidas. La colaboración activa de los socialistas, frenando y engañando a la clase trabajadora, permitió a la burguesía republicana atacar el movimiento obrero de tal manera que actualmente las organizaciones políticas y sindicales se ven obligadas a combatir por las más mínimas reivindicaciones sobre el derecho de reunión y asociación. Comprometidos seriamente en la represión del movimiento obrero, los ministros socialistas han visto ratificada la confianza al compenetrarse el Congreso plenamente con su actuación. Al hacerlo así, el partido socialista ha demostrado de una manera pública y palpable su conversión en factor esencial de la contrarrevolución. Factor el más peligroso, porque representa su papel en el propio seno de la clase trabajadora, y alegando representar sus intereses de clase se convierte en un fiel servidor de los privilegios del capital.

El Congreso tenía por finalidad también no sólo liquidar sus características de clase, sino incluso su programa mínimo, que hoy ha sido superado por el curso de los acontecimientos en todo el mundo. A consecuencia de ser el partido socialista español el núcleo socialista europeo que ha llegado más tarde a tener una preponderancia política importante y a intervenir ministerialmente, era natural que conservase todavía en su ideario y programa mínimo reivindicaciones que respondían a una orientación de clase. En algunas ocasiones, la pervivencia en el papel, en los programas del partido, de estas reivindicaciones colocaba en situación embarazosa a los dirigentes. Francamente, era necesario ir a la liquidación de semejantes obstáculos. Y el Congreso, agarrándose fuertemente al más descarado oportunismo burgués, ha dado un manotazo a la impedimenta clasista, prescindiendo en su furor contrarrevolucionario hasta del punto del programa contra la votación de los presupuestos de guerra.

La composición social del Congreso aseguraba *a priori* todas las claudicaciones y traiciones que se desearan. La burguesía republicana, que arribó al poder en un momento de gran auge del movimiento revolucionario obrero, para librarse de los peligros de éste no vaciló en realizar en gran envergadura una política de corrupción de los líderes reformistas. Las prebendas de que gozan los socialistas españoles es algo que tiene pocos precedentes en la historia del movimiento socialdemócrata europeo. El reparto de cargos ha sido una verdadera merienda de negros. Al hacer estas concesiones, la burguesía republicana ha perseguido dos fines: asegurarse la fidelidad socialdemócrata y comprometerles moralmente. No se puede negar que ha alcanzado verdaderamente sus objetivos. Los socialistas han demostrado en toda la línea su servilismo hacia la burguesía republicana; los «enchufes» han desacreditado de tal forma a los dirigentes socialistas, que los partidos republicanos pueden echárselos en cara cualquier día, es decir, el día en que por creerse bastante a salvo se decidan a prescindir de ellos. Estos elementos, o sea la flor y nata del socialenchufismo, eran los que constituían el 80 por 100 de los delegados del Congreso, y aun creemos quedarnos cortos al estipular el porcentaje. Era natural que la atención esencial de todos ellos se encauzara en el sentido de asegurar sus sinecuras y bicocas. Por otra parte, las funciones de sus cargos les ha conducido a soldarse de tal forma con el régimen capitalista, que son una parte de él. Cesar la colaboración suponía romper el cordón umbilical que les une al presupuesto del Estado. Sin el menor contacto con la clase trabajadora, no sabiendo ni comprendiendo nada de sus intereses e inquietudes, nada les importa convertirse en los más firmes sostenes del capitalismo.

El descubrimiento oficial de lo sucedido en la colaboración con los republicanos para el movimiento revolucionario de diciembre de 1930 es de por sí toda una página de oprobio para un partido. La mentalidad ventajista, ventajismo que después ha degenerado en enchufismo, que prevaleció en todos ellos, tanto en Besteiro y sus amigos como en Caballero y los suyos, era suficiente para caracterizar al socialismo español como un partido que se coloca incluso a la derecha contrarrevolucionaria de ciertos núcleos de la pequeña burguesía republicana. Las negociaciones estaban inspiradas meramente en el deseo de obtener los mejores beneficios personales posibles, la menor garantía para la clase trabajadora y el mínimo esfuerzo. Ni en un solo momento se abordó el problema desde el punto de vista del interés del desarrollo de la revolución social, que todavía por anacronismo, aunque todo se andará, figura en el programa general del partido. Es lógico que para asegurar la profundidad del movimiento revolucionario el partido socialista hubiera tenido interés desde el primer momento en asegurarse la colaboración de los demás sectores obreros, para así, en el momento culminante del movimiento, impulsarle hacia sus últimas consecuencias. Nada se hizo ni se intentó en este sentido, sino todo lo contrario. Si en el Congreso no se expuso de una manera clara lo referente a esta cuestión, Manuel Cordero se ha encargado de hacerlo en su reciente libro, titulado *Los socialistas y la revolución*. Dice a propósito de esto: «Cuando nosotros nos incorporamos a la acción revolucionaria estaban comprometidos en ella los elementos anarcosindicalistas y comunistas. A nadie se le ocultará el peligro que ello encerraba para nuestras organizaciones. Los republicanos creían que esos elementos eran revolucionarios serios, aunque después se convencieran de lo contrario. ¿Cuál debía ser nuestra primera labor allí? Desplazarlos. Apartarlos de que influyesen en la dirección de las masas revolucionarias. Estos elementos son siempre un peligro para la orientación revolucionaria del proletariado. ¡Lo eran mucho mayor en aquellos momentos! Ni los anarcosindicalistas ni los llamados comunistas se mueven por el impulso de un ideal bien definido. Su lealtad es siempre dudosa. Son hombres que no tienen moral ni conciencia de su responsabilidad. No se consideran obligados lealmente por la palabra que comprometen. Cualquier pretexto tiene para ellos fundamentos para faltar a los compromisos que contraen.»

Si estas mismas palabras que hemos copiado no se pronunciaron en la misma forma en el Congreso, se pronunciaron otras inspiradas en el mismo espíritu. Se dijo terminantemente que la acción de los socialistas y de la Unión General de Trabajadores se había encau-

zado principalmente en el sentido de evitar que las armas cayeran en poder de la clase trabajadora. Es decir, la principal preocupación de ellos habría sido el asegurar a la burguesía reaccionaria la hegemonía de la revolución, apartando de ella al proletario. Bastaría reproducir textualmente todo lo que en el Congreso se dijo sobre esta cuestión para que quedara un documento verdaderamente histórico de la traición del socialismo español a los intereses del proletariado.

También se ha comprobado en el Congreso que cuando hay que pasar del terreno de las palabras a la acción, los socialistas están dispuestos a traicionar a todo el mundo, incluso a sus amos, la burguesía. El movimiento de diciembre del 30 fué evidentemente traicionado por los socialistas. En el Congreso se intentó, aunque no de muy buena gana, depurar la responsabilidad. Nada en claro llegó a ponerse, porque a nadie le interesaba hacerlo. Unos a otros se lanzaron las culpas, para llegar finalmente a adoptar una resolución según la cual a nadie alcanza responsabilidad alguna.

El debate político, el debate cumbre, giró en torno a la participación de los socialistas en el Poder. Previamente ya se conocía cuál sería el acuerdo sobre esta cuestión, puesto que la Prensa nos había ido dando a conocer los resultados de la discusión en provincias. Tres teendencias, por llamarlas de alguna manera, se exteriorizaron en el Congreso: la de Bruno Alonso, que reiteró su posición del Congreso extraordinario en favor de la retirada inmediata de los ministros, proposición que tuvo sólo los votos que representaba el propio Bruno Alonso; otra, que en un principio representaba la agrupación madrileña, en favor de la colaboración condicionada a la aprobación de ciertas leyes, y otra, partidaria *sine die* de la colaboración. La primera, por la escasez de los votos obtenidos, quedó silenciada desde el primer momento, y se limitó a la defensa que de ella hizo su autor. De cómo en el espíritu de estas dos últimas tendencias, las defendidas por Prieto y Besteiro, animaba idéntido sentido, bastará reproducir los dos párrafos esenciales de los discursos de ambos. Besteiro dijo: «Yo entiendo que si se separan nuestros ministros se rompería el equilibrio parlamentario de la República, acortándose la vida de las Cortes, y unas elecciones prematuras podían ser peligrosas.» Prieto, por su parte, alegó: «¿Cuáles serían las consecuencias de esto? (de la retirada de los ministros socialistas). Que sintiéndose quebrantado el Gobierno, los elementos que con nosotros lo comparten no quisiera gobernar así, y mañana mismo se planteara la crisis.»

(Terminará en el próximo número.)

Imp. Pueyo. - Luna, 29.

Gran rifa a favor de la Prensa y propaganda de la Izquierda Comunista Española

Con objeto de ayudar económicamente a la Prensa y la propaganda de la Izquierda Comunista Española, hemos organizado una gran rifa de las mejores obras marxistas en combinación con el sorteo de Navidad de la Lotería Nacional. El resultado de este sorteo nos permitirá subvenir a las necesidades más perentorias económicas de nuestra organización, principalmente la reaparición de nuestro órgano central, EL SOVIET, y el celebrar algunos actos en distintos sitios de España donde se requiere nuestra propaganda.

Los premios que se distribuirán serán los siguientes: al que posea el número igual al del premio mayor del sorteo se le entregarán todas las obras, en su edición de lujo, publicadas en castellano, de Marx, Engels, Lenin y Trotsky. Al segundo premio, todas las obras de Trotsky; al tercero, todas las de Marx y Engels, y al cuarto, todas las de Lenin. A todos los que posean los números correspondientes a los demás premios mayores, incluso los de 25.000 pesetas, se les entregará una colección de los veinte folletos editados por Ediciones Comunismo. Cada papeleta contendrá tres números, y el precio de la papeleta será de treinta céntimos.

Hemos remitido a todos los grupos de la Izquierda Comunista de España una circular para que nos hagan el pedido de las papeletas que crean puedan vender. Si algún grupo no la ha recibido, puede darse por enterado y enviarnos nota de su pedido. Igualmente pueden hacer los camaradas simpatizantes y suscriptores de la Revista, a los que nos dirigimos muy especialmente para que contribuyan con su aportación a esta gran rifa de obras. La petición no se limita a que adquieran unas papeletas, sino deseamos que procuren vender todas las más posibles entre sus amigos y conocidos. Dada la calidad de los regalos, nuestros militantes tienen ocasión de colocar buena cantidad de ellas entre los camaradas del Partido. A nuestros camaradas de América, y a consecuencia de la distancia, sin aguardar sus pedidos, les remitiremos un número prudencial de papeletas, que esperamos harán todo lo posible por colocar.

El mayor deseo de todos nuestros camaradas es seguramente poseer una biblioteca de todas las obras fundamentales del marxismo. El precio elevado de ellas hace imposible su adquisición para los trabajadores. Nosotros les ofrecemos una buena oportunidad de poseerlas sólo por el precio de treinta céntimos.

En las mismas papeletas, con los números de la rifa, se dan todos los detalles de las mismas y establecen las condiciones. Todos los pedidos deben dirigirse a: F. García, Apartado de Correos 918, Madrid. Los giros deben enviarse a: F. García, Cabeza, 30, Madrid. (En caso de remitirse cheque debe hacerse siempre a nombre de F. García Lavid, y nunca de «Henri Lacroix». Siendo éste un seudónimo literario de nuestro camarada García Lavid, con frecuencia surgen dificultades para el cobro de los cheques a este nombre, por no poder justificar su personalidad en el Banco.)

APRESURAOS A HACER VUESTROS PEDIDOS DE PAPELETAS PARA LA RIFA A FAVOR DE LA PRENSA Y PROPAGANDA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ESPAÑOLA.

DE PALPITANTE ACTUALIDAD

Y AHORA

¿Quién vencerá en Alemania? ¿El fascismo o el comunismo?

Por LEON TROTSKY

90 páginas, 1,50 pesetas

El desarrollo de los acontecimientos políticos alemanes llena en la actualidad la curiosidad de todo militante revolucionario. ¿Cuál es la táctica que sigue el Partido Comunista alemán? ¿Cómo derrotar sobre el terreno de los hechos a la socialdemocracia? ¿Cómo hacer frente a las bandas hitlerianas? A todos estos problemas contesta Trotsky en este interesante trabajo de cerca de cien páginas de apretado texto.

SUMARIO

Prefacio.—La socialdemocracia.—Democracia y fascismo.—El ultimatismo burocrático.—Los zigzags de los stalinianos en la cuestión del frente único.—Repaso histórico sobre el frente único.—Las lecciones de la experiencia rusa.—La experiencia italiana.—Por el frente único en los soviets como órgano supremo de frente único.—El partido socialista obrero.—El centrismo en general y el centrismo de la burocracia staliniana.—Las contradicciones entre los éxitos económicos de la U. R. S. S. y la burocracia del régimen.—Los brandlerianos y la burocracia staliniana.—La estrategia de las huelgas.—El control obrero y la colaboración con la U. R. S. S.—¿La situación es desesperada?—Conclusiones.

Todos los comunistas deben leer y propagar este interesantísimo libro.

Los pedidos a EDICIONES COMUNISMO, Apartado 918. Y los giros a F. García, Cabeza, 30. - Madrid